

Además...

LA CASA DE GOBLIN WOOD

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA CASA DE GOBLIN WOOD (Novela completa), por Carter Dickson. (Con un análisis de Ellery Queen).
- * ROMANCE DE LAS VIRGENES FATUAS (Poema), por Juana de Ibarbourou.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, Por Rafael Obregón Loria.
- * PAVLOV Y LA PROPAGANDA SOVIETICA, por Alan M. G. Little.
- * Tradiciones costarricenses: CURA Y QUIROMANTICO, por Gonzalo Chacón Trejos.
- * SALVADOR JIMENEZ CANOSSA, por Dionisio López Orihuela.
- * Los libros y los días: "STALINGRADO" Y "MOSCU", DE PLIEVIER.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 25 de abril de 1954.
Nº 94

EN aquella calurosa tarde de julio, tres años antes de la guerra, un coche descubierto se detuvo frente al "Senior Conservatives' Club" en Pall Mall, en el corazón de Londres.

Iban en él dos conspiradores. En los clubes reinaba el sopor que es allí natural después de las comidas; sólo el sol era chispeante. El Rag estaba soñoliento; el "Athenaeum", francamente dormido... Pero aquellos dos conspiradores, un joven de pelo negro, que tendría poco más de treinta años, y una muchacha rubia, de unos veinte, no se apearon de su vehículo y quedaron mirando insistentemente la fachada gótica del "Senior Conservatives' Club".

—Oyeme, Eva —murmuró el joven, mientras golpeaba el volante—. ¿tú crees que la cosa nos va a salir bien?
—No sé —confesó la muchacha rubia—. Es un hombre que detesta los picnics.
—Es probable que se nos haya escapado.
—¿Por qué?
—No es posible que pase tanto tiempo de sobremesa...

El joven miró su reloj de pulsera y exclamó:
—¡Son las cuatro menos cuarto! Aun en el caso de que...
—¡Mira Bill!
Su paciencia se veía al fin recompensada. Por una de las puertas del "Senior Conservatives' Club" salía, caminando con una majestad impresionante, un corpulento caballero, cuyo cuerpo tenía la forma de un barril, vestido de blanco, y tocado con un sombrero de Panamá.

Su barriga le precedía, como el mascarón de proa de un navío de guerra. Sus gafas de concha se apoyaban sobre una nariz ancha. Desde lo alto de la escalinata aquel caballero dirigió una mirada señorialmente altiva a la calle.
—¡Sir Henry! —gritó la muchacha.

—¿Eh? —contestó Sir Henry Merrivale.
—Soy Eva Drayton. ¿No me recuerda? Usted conocía a mi padre...
—¡Oh! ¡Ah! —dijo el gran hombre.

—Hace rato que estamos esperándolo. ¿Podría dedicarnos cinco minutos?
En voz baja Eva murmuró a su compañero:
—Lo que hay que hacer es mantenerlo de buen humor... Sólo eso; mantenerlo de buen humor...

La verdad era que H. M. estaba de buen humor porque acababa de vencer al Secretario del Interior en una discusión. Pero ni siquiera su madre lo habría adivinado. Majestuosamente, sin dejar su mirada altiva y burlona, empezó a descender las escaleras del "Senior Conservatives' Club" con mucha solemnidad, que conservó hasta que, al dejar el último peldaño, su pie pisó un objeto inadvertido.

Era una cáscara de plátano.
—¡Oh Dios mío! —exclamó la muchacha.

Por CARTER DICKSON

Sir Henry Merrivale dijo ahora. Sentado en el pavimento, echó blasfemias e imprecaciones, algunas de tono obsceno, que raramente habían alterado la santa tranquilidad de Pall Mall. Las voces de Sir Henry Merrivale hicieron que un portero descendiese precipitadamente las escaleras y que Eva Drayton saltase de su coche. En las ventanas del "Athenaeum", situado en la acera de enfrente, aparecieron las caras de algunos curiosos.
—¿Se encuentra usted bien? —preguntó la muchacha, con la an-

ta sea! ¿Cómo quieren que me levante?
—¿Por qué no?
—Tengo la parte de atrás descoyuntada— dijo H. M. con mucha sencillez—. Me siento terriblemente mal. Es probable que sufra dislocación de la espina dorsal el resto de mi vida.
—Pero, señor, la gente está mirando.
H. M. explicó lo que aquella gente podía hacer y dirigió a Eva Drayton una mirada de indescriptible resentimiento por encima de sus gafas.
—Supongo, muchacha, que eso es culpa de "usted".
Eva quedó consternada.



Ahora hay que observar con cierta pena que hubo un tiempo en que los golfos londinenses tenían la costumbre de colocar cáscaras de plátano en aquellas escaleras, con la esperanza de que algún eminente estadista sufriese un accidente en su camino a Whitehall. Era ésta una costumbre reproachable —aunque no mucho— que justificaba probablemente lo que Mr. Gladstone dijo en 1882.

—¿Se refiere a la cáscara de plátano?
—Sí, a eso me refiero —afirmó H. M. cruzándose de brazos, como un abogado en un juicio.
—Pero si nosotros... Nosotros sólo queremos invitarlo a usted a un picnic.
H. M. cerró los ojos.
—Son ustedes muy amables —contestó con una voz hueca—. De todas maneras, ¿no cree usted que habría sido una forma más sutil

de invitarme echándome un poco de mayonesa en la cabeza o metiéndome unas hormigas por el cogote?

—No quise decir eso... Quise decir...

—Permitame usted que la ayude —dijo en tono conciliador el joven de pelo negro, que había estado esperando con Eva en el coche y que ahora se decidía a intervenir.

—De manera que también usted quiere ayudar... ¿Y quién es "usted"?

—¡Oh, perdonen! —exclamó Eva—. Debería haberlos presentado. Es mi "prometido", el doctor William Sage.

La cara de H. M. se tornó purpúrea.

—Me encanta ver —observó— que ha tenido usted la decencia poco habitual de traer a un doctor. Le aseguro que aprecio mucho su gesto... Y supongo que ese coche es para que me examinen en él cuando me haya quitado los pantalones, ¿no?

El portero no pudo reprimir un gesto de horror.

Bill Sage, ya fuese por nerviosismo, ya por no poder mantenerse serio, soltó la risa.

—No menos de doce veces diarias he de decirle a Eva que no debe llamarme doctor... En realidad, soy cirujano...

Ahora H. M. pareció realmente alarmado.

—...pero no creo que sea necesario operar. No, no creo —Bill miró gravemente al portero— que sea necesario quitar los pantalones a Sir Hery frente al "Senior Conservatives' Club".

—Muchas gracias, señor.

—Hemos tenido mucha frescura viniendo aquí —confesó el joven a H. M.—. Pero, de veras, Sir Henry, creo que estaría usted más cómodo en el coche. ¿No le parece? Permitame que le ayude.

Diez minutos más tarde, cuando Sir Henry miraba ceñudamente, desde el asiento posterior del coche, a los dos jóvenes que se volían hacia él, la paz no se había restablecido.

—Muy bien —decía Eva. Su cara hermosa, más bien impenetrable, se había sonrojado, y su boca, con un gesto muy expresivo, revelaba su angustia—. Si no quiere usted ir con nosotros al picnic, no vaya, pero yo creí que iría aunque sólo fuese para complacerme.

—Mire usted... —murmuró el gran hombre, un poco embarazado.

—También pensé que tendría ud. interés en ver a la otra persona q' debía acompañarnos. Pero Vicky es difícil... Tampoco querrá ir si no va usted...

—¡Oh! ¿Quién es el otro invitado?

—Vicky Adams.

La mano de H. M., que se había levantado para un gesto declamatorio, cayó pesadamente.

—¿Vicky Adams? ¿No es la muchacha que...?

—Sí —confirmó Eva, con una inclinación de cabeza—. Se dice que hace veinte años fué uno de los grandes misterios que la policía no consiguió aclarar.

—Lo fué, muchacha —asintió sombríamente H. M.—, lo fué...

—Ahora Vicky es ya una mujer... Y pensamos que si usted iba con nosotros y la hablaba amablemente, ella nos contaría lo que en realidad ocurrió aquella noche.

Los ojos de H. M., pequeños y brillantes, miraron inquisitivamente a Eva.

—Oígame, muchacha: ¿qué interés tiene usted en todo eso?

—Tengo mis razones... Eva miró a Bill Sage, que estaba dando golpecitos sobre el volante, y se controló.

—De todas maneras, ¿qué importa ya ahora? Si no va usted a acompañarnos.

H. M. adoptó una actitud de mártir.

"H. M." — "La Casa de Goblin Wood" reúne una serie de méritos que justifican con mucho su inclusión en esta antología tan reducida. En primer lugar, se trata del único cuento corto en que, hasta ahora, ha aparecido sir Henry Merrivale. "H. M." es uno de los detectives más destacados de nuestros tiempos. En una docena de novelas ("Los Crímenes de la Viuda Roja", "Los Crímenes del Unicornio", "La Policía Está Invitada", etc.) ha resuelto los tremendos problemas planteados por Carter Dickson, especialista en crímenes imposibles. Cada libro de Carter Dickson es un caso de asesinato imposible, especialmente de piezas herméticamente cerradas, y en cada ocasión Merrivale descubre la solución perfecta. Pero eso no es todo: "H. M." es también uno de los personajes más simpáticos en la historia de la novela policial. Viejo, gruñón y bondadoso. Pagado de sí mismo y belicoso. Su primera aparición en cuento hace historia. Tuvo lugar en la revista de Ellery Queen dirige y que se llama "Ellery Queen's Mystery Magazine", en noviembre de 1947. Al leerlo, Ellery Queen — que, además de ser autor destacado, es un erudito formidable en literatura policial— sintió tal entusiasmo, que escribió un análisis que representa prácticamente un tratado del género. No pudimos resistir la tentación de incluirlo. Y aquí lo tiene, lector. Un doble placer. Primero el cuento y después su autopsia.

—Nunca dije que no iba a acompañarles.

Esto era falso, pero no importaba.

—¿Cuándo dijo yo eso? Aun después de haberme ustedes convertido prácticamente en un inválido, nunca les he dicho que "no" quisiese ir con ustedes...

Ahora hablaba de una manera apresurada y confusa.

—Pero ahora tengo que dejarlos —terminó, en tono de excusa—. Tengo que ir a mi oficina.

—Lo llevamos.

—No, no, no... —contestó el inválido, apeándose del coche con una ligereza sorprendente—. El andar me sienta bien para el estómago, aunque no para mi parte de atrás... No soy un hombre rencoroso. Pueden ustedes pasar a buscarme por la mañana. Los esperaré en mi casa. Adiós.

H. M. echó a andar pesadamente en dirección al Haymarket.

No se necesitaba ser un observador muy agudo para darse cuenta de que H. M. iba muy distraído; tanto que estuvo a punto de ser atropellado por un "taxi" en el "Admiralty Arch".

Cerca de Whitehall una voz familiar lo detuvo.

—Buenas tardes, Sir Henry!

Era el corpulento inspector jefe Masters, que lo saludaba con su cortesía habitual. Llevaba un impecable traje azul y se cubría con un sombrero hongo.

—Es raro verlo a usted paseando en un día como éste. ¿Cómo está usted hoy?

—Muy mal —contestó H. M. rápidamente—; pero no se trata de eso, Masters, vieja serpiente, usted es precisamente el hombre a quien yo necesito ver.

Pocas cosas pueden sobresaltar al inspector Masters, pero las palabras de Sir Henry lo sobresaltaron.

—¿Que usted quería verme a mí? —preguntó.

—Exacto.

—¿Para qué?

—¿Recuerda usted el caso de Victoria Adams, hace unos veinte años?

Masters cambió bruscamente de actitud y se puso en guardia.

—¿El caso de Victoria Adams? Quedó pensativo, y después de unos segundos contestó:

—No, señor, no lo recuerdo.

—Hijo mío, está usted mintiendo. Me acuerdo perfectamente que entonces era usted sargento a las órdenes del viejo inspector jefe Rutherford.

Masters contestó dignamente:

—Es posible señor, que veinte años...

—Se trataba de una niña de doce o trece años, hija de una familia muy rica, que desapareció una noche de una quinta de campo, con todas las puertas y ventanas cerradas por dentro. Una semana más tarde, cuando ya todo el mundo se estaba volviendo loco, la niña reapareció, arropada en su

cuarto cerrado por dentro... Y hasta ahora nadie ha sabido qué fué lo que realmente pasó.

Se produjo un silencio durante el cual Masters se mantuvo impenetrable.

—Esta familia —insistió H. M.—, los Adams, era la propietaria de la quinta, en Aylesbury, junto a Goblin Wood, frente al lago, ¿no?

—Sí —gruñó Masters.

H. M. lo miró con curiosidad.

—Usaban la quinta en verano para ir a bañarse en el lago, y en invierno para ir a patinar. Fué en invierno cuando la niña desapareció, y el lugar estaba cerrado por todas partes, para evitar las corrientes de aire. Dicen que el padre quedó viendo visiones, cuando después de una semana de búsquedas inútiles encontró a la pequeña durmiendo en su cama. Pero todo lo que ella dijo cuando se la interrogaba fué: "No sé".

Otra vez la conversación se interrumpió. Los autobuses pasaban ruidosamente cerca de los dos hombres callados.

Al fin H. M. reanudó la charla:

—Debe usted recordar, Masters, que se dió mucha publicidad al caso. Dígame, ¿ha leído "Mary Rose" de Barrie?

—No.

—Bueno, lo que pasó fué digno de Barrie. Alguien dijo q' Vicky Adams era una niña encantada, y que se la habían llevado los duendes...

Aquí Masters ya no pudo contenerse y estalló. Llevóse la mano a su sombrero hongo e hizo sobre los duendes algunas observaciones que el mismo H. M. no habría podido mejorar.

—Ya sé, hijo mío, ya sé —murmuró H. M., tratando de apaciguarlo.

De pronto, preguntó:

—Dígame, ¿era verdad lo que se dijo?

—¿Qué?

—Lo de las puertas y ventanas cerradas, ninguna trampa en el techo, ningún sótano, paredes y pavimentos sólidos...

—Sí, señor —contestó Masters, haciendo un poderoso esfuerzo para recobrar su dignidad—. Yo me inclino a creer que "era" verdad.

—¿No había ningún truco en la quinta? ¿Qué quiere usted decir?

—Verá usted —dijo Masters, bajando la voz—. Antes de que los Adams comprasen la quinta, ésta había sido refugio de Chuck Randall, jefe de una pandilla, a quien detuvimos dos años después. ¿No cree usted que Chuck pudo arreglar un truco para tener una salida de escape, desconocida?... Pero...

—¿Qué?

—Nunca pudimos dar con ese truco... Y la niña, con sus ojos enormes y su pelo negro, tenía tal aire de candor que uno no podía menos de creerla.

—Sí —dijo H. M.—, eso es lo que me preocupa.

Sí —hijo mío —dijo H. M., lúgubremente—. Vicky Adams, la niña de unos padres que le consenten todo. Se la supone rarísima y fantástica, y aun se le estimula a serlo. Durante su adolescencia, el tiempo en que había de ser más impresionable, se ve envuelta como figura central en un misterio del cual todavía hoy la gente habla... ¿Cómo debe ser esa mujer ahora, Masters? ¿Cómo debe ser esa mujer ahora?

—Querido Sir Henry —murmuró Miss Vicky Adams con su voz dulce.

Decía esto en el momento en que el coche de William Sage, con Bill y Eva Drayton en el asiento delantero, y Vicky y H. M. en el posterior, dejaba la carretera principal. Tras ellos quedaban los techos de Aylesbury, de color rojo ahumado, perfilándose sobre el firmamento. Mediaba la tarde. El coche tomó una carretera secundaria, que era un verdadero túnel bajo los árboles verdes, y después otra que era apenas un sendero entre setos.

H. M., a pesar de sentirse animado por la vista de tres enormes canastos de mimbre, cuyas tapaderas se combaban a causa del volumen de su contenido, lo cual auguraba que la merienda sería copiosa, no se sentía alegre. Nadie en el coche parecía alegre, con la excepción, tal vez, de Miss Adams.

Vicky no se parecía a Eva: era pequeña, morena y vivaz. Tenía unos ojos oscuros con largas pestañas negras, que miraban soñadoramente. Sir James Barrie, el famoso escritor, la había llamado una hada. Otra gente con menos fantasía le habría reconocido una cualidad muy diferente: un extraordinario "sex-appeal", que impresionaba como una caricia física a cualquier hombre que se encontrase a unos metros de ella. A pesar de lo diminuto de su cuerpo, Vicky tenía una voz gruesa, como la de Eva.

Miss Adams usaba sus encantos aún para cosas tan sencillas como dar indicaciones sobre el camino que había de seguir.

Vuelva usted a la derecha —decía, inclinándose sobre Bill y poniendo sus manos sobre los hombros del joven—. Ahora siga recto hasta la próxima luz... ¡Oh, qué muchacho tan listo!

—No se burle usted —protestaba Bill, enrojeciendo hasta las orejas y conduciendo de una manera muy insegura.

—Sí lo es usted.

Y Vicky le pellizcaba juguetonamente el lóbulo de una oreja antes de echarse nuevamente para atrás, apoyándose en el respaldo de su asiento.

Eva Drayton no dijo nada. Ni siquiera se volvió. Sin embargo, el ambiente, aun en el apacible picnic inglés, se estaba poniendo un poco cargado.

—Querido Sir Henry —murmuró Vicky cuando el coche rodaba sobre el sendero entre setos—, me gustaría que no fuese usted tan materialista. ¿De veras! ¿Es que no hay en su persona una brizna de espiritualidad?

—¡Cómo! —exclamó Sir Henry, asombrado—. Yo tengo un carácter elevadamente espiritual, pero ahora quiero comer... ¡Oh!

Bill Sage se volvió.

—Según el taquímetro —observó H. M.—, hemos recorrido un poco más de setenta kilómetros. No salimos de la ciudad hasta que la gente decente estaba tomando su té. ¿A dónde vamos?

—Pero, ¿no lo sabe usted? —exclamó Vicky con los ojos desmesuradamente abiertos—. Vamos a la quinta en donde me pasó aquello tan horrible cuando yo era

—¿Qué fué eso tan terrible? — preguntó Eva.

Los ojos de Vicky parecían mirar a otro mundo.

—La verdad es que no lo recuerdo. Era una niña y no comprendí. Todavía no había desarrollado el poder por mí misma, entonces.

—¿Qué poder? — preguntó bruscamente H. M.

—El de desmaterializarme, naturalmente — contestó Vicky.

El coche dió un brinco al pasar sobre un bache, y se oyó ruido de platos y cacharros al chocar unos contra otros dentro de los canastos.

—Ya veo — contestó H. M. — ¿Y a dónde va usted, hija mía, cuando se desmaterializa?

—A un país extraño. Por una puerta pequeña... No comprenderían "ustedes". Son unos filisteos — se lamentó Vicky.

De pronto, cambiando bruscamente de actitud, se inclinó hacia adelante y, ejerciendo todo su poder de atracción en la persona de Bill Sage, preguntó:

—¿Le gustaría a "usted" que yo desapareciera, Bill? ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Bill contestó galantemente: —Sólo que me prometiera Ud. reaparecer en seguida.

—¡Oh, tendría que hacerlo, por supuesto!

Vicky se echó nuevamente hacia atrás. Estaba temblando.

—Pero mi poder no basta para eso. Sin embargo, hasta una pequeña cosa, como soy yo, puede darle a usted una lección... Miren allí!

Y señaló hacia adelante. El camino se ensanchaba, y a la izquierda se extendía una mancha oscura de diez acres, a la cual, con cierta fantasía, se daba el nombre de Goblin Wood (Bosque de los Duendes). A la derecha se veía un pequeño lago, que era de propiedad privada.

La quinta, en un claro del bosque próximo al camino, de cara a éste y escondida por una línea de hayas, era en realidad un bungalow de piedra con techo de pizarra. A lo largo de su fachada corría una terraza cubierta. La construcción tenía un aspecto des cuidado, lo mismo que el césped del prado que se extendía ante ella. Bill situó el coche a un lado de la carretera, porque no había pista que llevase hasta la quinta. —Parece un poco solitaria, ¿no? — dijo H. M.

Su voz resonó en aquella quietud, bajo el sol caluroso.

—¡Oh, sí! — suspiró Vicky.

Y saltó del coche con gran ruido de faldas.

—Por ello es que pudieron venir y secuestrarme cuando niña.

—¿Pudieron?

—¡Oh, Sir Henry! ¿Es que tengo que explicárselo?

Vicky se volvió hacia Bill.

—Debo de excusarme por el estado en que se encuentra la casa. Hace mucho tiempo que no he venido por aquí. Hay un cuarto de baño moderno, eso sí; pero, claro, sólo lámparas de parafina.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Pero no la vamos a necesitar, ¿verdad? A menos que...

—¿Quiere usted decir — preguntó Bill, que estaba sacando un estuche negro del coche — a menos que usted vuelva a desaparecer?

—Sí, Bill. Y prométame que no se asustará cuando yo desaparezca.

El joven soltó un enérgico juramento, que mereció la desaprobación de Sir Henry, quien aseguró que no le gustaban las blasfemias. Eva Drayton se mostraba muy silenciosa.

—Por lo pronto — dijo Vicky —, vamos a olvidarlo todo, ¿no le parece? Reiremos, bailaremos, cantaremos y jugaremos como niños...

Espero que a nuestro invitado se le despertará el apetito.

Fuó con este estado de ánimo con el que los cuatro se sentaron para la merienda.

A decir verdad, H. M. no se portó del todo mal. En lugar de sentarse sobre el césped, instalaron una mesa y sillas en la terraza cubierta. Aunque se rotaba cierta tensión en las voces, no hubo la menor palabra de disputa. Fué más tarde, una vez que se hubo quitado la mesa, y se colocaron los muebles y los canastos dentro de la casa y se tiraron las botellas vacías, cuando pudo percibirse un indicio de peligro.

Vicky sacó de debajo de la terraza dos sillas plegables, con la madera carcomida, que colocó en el prado. Se sentaron en ellas Eva y H. M., mientras Vicky se llevaba a Bill Sage a inspeccionar un círculo de una calidad notable, que no especificó.

Eva tomó asiento sin hacer ningún comentario. H. M., que fumaba un cigarro negro, esperó un rato antes de romper a hablar.

—¿Sabe usted — dijo, quitándose el cigarro de la boca — que se está portando admirablemente?

—¿Verdad que sí? — contestó Eva, riéndose.

—¿Conoce usted bien a esa muchacha Adams?

—Es mi prima hermana — contestó Eva—. Ahora que sus padres han muerto, yo soy su única pariente. Lo "sé todo" acerca de ella.

De lo lejos llegaban dos voces que decían algo sobre fresas silvestres. Eva, cuyo pelo rubio y cara sonrosada destacaban sobre el fondo oscuro de Goblin Wood, entrelazó los dedos de sus manos sobre sus rodillas.

Después de un ligero titubeo, dijo:

—Tenía otra razón para invitarlo a venir aquí, H. M. No sé cómo explicar...

—Soy el anciano — dijo H. M., dándose unos golpes en el pecho —. Hábleme usted con toda franqueza.

—¡Eva querida! — interrumpió la voz de Vicky desde el otro extremo del prado — Eva!

—¿Qué quieres, querida?

—Ahora me doy cuenta gritó Vicky — de que no he mostrado el interior de la quinta a Bill. ¿Te molestará que te lo robe por un rato?

—No, querida. ¡Claro que no!

H. M., que estaba sentado de cara al bungalow, vió cómo Bill y Vicky entraban en éste. Y observó la alegre sonrisa de Vicky cuando cerraba la puerta tras ellos. Eva ni siquiera se volvió. El sol estaba poniéndose, y sus últimos reflejos atravesaban la espesura de Goblin Wood, detrás de la quinta.

—No permitiré que se lo lleve — exclamó de pronto Eva —. ¡No! ¡No! ¡No!

—¿Lo quiere ella a él, hija mía, o lo que interesa más, la quiere él a ella?

—El nunca la ha querido — exclamó Eva con seguridad —. Ni nunca la querrá.

H. M. lanzó al aire una espiral de humo.

—Vicky es una farsante — dijo Eva —. ¿Le parece a usted que digo esto por celos?

—No, necesariamente, porque yo estoy pensando lo mismo.

—Soy muy paciente — explicó Eva —. Soy terrible, terriblemente paciente. Puedo esperar años para conseguir una cosa que deseo. Bill no gana mucho dinero ahora, y yo no tengo ni un centavo. Pero Bill oculta, tras sus maneras sencillas, un gran talento. Y "debe" tener la muchacha que le conviene para que le ayude. Si sólo...

—Si sólo el duende lo dejase tranquilo... ¿No?

—Vicky se comporta así — dijo Eva — con todos los hombres que se le ponen por delante. Por eso nunca se ha casado. Dice que deja libre su alma para comunicarse con otras almas. Ese ocultismo...

Entonces lo contó todo; explicó la historia de los Adams. Aquella muchacha reprimida habló por fin, como quizá nunca había hablado antes. Vicky Adams, la niña que necesita atraer la atención de todo el mundo; su padre, el tío Fred, y su madre, la tía Margaret, parecían pasearse en vida por aquel lugar a medida que iba oscureciendo.

—Yo era demasiado pequeña para conocerla en el tiempo de su "desaparición", claro. Pero la he conocido muy bien después. Y yo creo... pensé...

—¿Qué?

—Que si podía conseguir que "usted" viniese aquí, ella trataría de representar su comedia, usted la desenmascararía, y Bill se daría cuenta de lo farsante que es. ¡Pero no hay remedio! ¡No hay remedio!

—Oiga usted — dijo H. M. que estaba fumando su tercer cigarro —. ¿No le parece que esos dos están paseando mucho rato para ver un bungalow tan chico?

Eva, volviendo de su ensueño, lo miró fijamente, y, de pronto, bruscamente, se puso en pie. Podía uno imaginarse que ahora no estaba pensando en ninguna desaparición.

—Perdóneme un momento — dijo brevemente.

Se dirigió con paso rápido hacia la quinta, subió a la terraza y abrió la puerta. H. M. ovó sus pisadas a lo largo del pequeño pasillo interior. A los pocos momentos Eva volvía a salir, cerraba de nuevo la puerta y regresaba junto a H. M.

—Todas las puertas de los cuartos están cerradas — anunció en alta voz —. ¡No quiero estorbarles!

—¡Cálmese, hija mía!

—No tengo ningún interés — declaró Eva, con las lágrimas asomándose a sus ojos — en saber lo que están haciendo. ¿Tomamos el coche y nos volvemos sin ellos?

H. M. tiró su cigarro, se levantó y la tomó por los hombros.

—¡Yo soy aquí el hombre viejo, el de la experiencia! — dijo, mirándola como un ogro —. ¿Quiere usted escucharme?

—¡No!

—Si yo entiendo algo a los hombres, le aseguro que ese joven no está más interesado que yo por Vicky Adams. Estaba asustado, muchacha... ¡Asustado!

El rostro de H. M. expresó duda e indecisión, pero agregó:

—No sé de qué podía estar asustado, pero...

—¡Hola! — gritó la voz de Bill Sage.

No venía de la dirección de la quinta.

Por tres lados los envolvían las sombras de Goblin Wood, apenas distinguibles ahora, a la escasa luz del crepúsculo. La voz venía del lado Norte. En seguida se oyó el crujido de la maleza seca al paso del joven, que apareció con sus ropas de "sport" sucias.

—Aquí están sus malditas fresas — anunció, extendiendo su ramo —. Tres. El fruto (perdonen) de tres cuartos de hora de dura labor. No quiero seguir buscándolas a oscuras.

Por unos momentos los labios de Eva se movieron sin pronunciar palabra.

Al fin, la muchacha dijo:

—¿De modo que... no has estado en la quinta durante este tiempo?

—En la quinta? — murmuró

Bill, mirando hacia el bungalow—. He estado allí cinco minutos. Vicky ha tenido un antojo de mujer. Ha querido que le fuese a buscar fresas silvestres del sitio que ella llama la "selva".

—Oiga usted — dijo H. M. bruscamente —. Usted no salió por esa puerta delantera. Nadie ha salido por ella.

—No. He salido por la puerta de atrás, que da directamente al bosque.

—Sí. ¿Y qué ocurrió entonces?

—Bueno, fui a buscar estas malditas...

—No, no... ¿Qué hizo "ella"?

—¿Vicky? Cerró la puerta trasera desde dentro. Recuerdo que me hizo muecas a través del cristal... Ella...

Bill se interrumpió, y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Arrugó el entrecejo, como si se le hubiera ocurrido una súbita idea. Los tres miraron hacia la quinta. El joven carraspeó vigorosamente.

—Y a propósito — dijo —. ¿Han visto ustedes a Vicky?

—No.

—¿No será que...?

—Puede serlo, hijo mío — contestó H. M. —. Mejor será que vayamos y echemos un vistazo.

Titubearon un momento en la terraza. El suelo despedía una fragancia cálida y húmeda. En media hora habría oscurecido completamente.

Bill Sage abrió la puerta y llamó a Vicky. Pareció que su voz penetraba y repercutía en todos los cuartos. El intenso calor y la falta de ventilación en el interior de la quinta, cuyas ventanas no habían sido abiertas en algunos meses, los repelia.

Nadie contestó.

—Entremos — dijo H. M. —, y dejen de lamentarse.

El viejo maestro estaba nervioso.

—Estoy seguro de que no salió por la puerta delantera. Tengamos cuidado de que no se escurra ahora...

Tropezando con la mesa y las sillas que antes habían usado en la terraza, cerraron la puerta delantera. Se encontraron en un pasillo estrecho con suelo de parquet y paredes de pino, en cuyo fondo se veía una puerta de vidriera.

H. M. avanzó hasta ella; la examinó y la encontró cerrada, como Bill había dicho que estaba.

Goblin Wood oscurecía más y más por minutos.

Sin separarse, registraron la quinta, que no era muy grande, pues sólo tenía dos cuartos de buen tamaño en un lado del pasillo y dos pequeños en el otro, de modo que quedara espacio para cuarto de baño y cocina. H. M. levantando nubes de polvo, escudriñó cada pulgada en los sitios donde podía esconderse un cuerpo humano.

Todas las ventanas estaban cerradas por el interior. Las chimeneas eran demasiado estrechas para dejar paso a una persona.

Pero Vicky Adams no se encontraba allí.

—¡Oh! — murmuró H. M.

Por un impulso idiota que ni el mismo H. M. habría podido explicar, los tres se encontraron reunidos ante la puerta del cuarto de baño. El grifo goteaba monótonamente. La última luz del día, que entraba por la puerta vidriera, iluminaba tres caras fantasmagóricas.

—Bill — dijo Eva —, eso es un truco. ¡Tanto como he deseado desenmascararla! Eso es un truco.

—Pero, ¿dónde está Vicky?

—H. M. puede decirnoslo, ¿no?

—Oiga, yo... — murmuró el gran hombre.

En el sombrero de Panamá de H. M. se veía una mancha negra;

la huella que su mano había dejado después de inspeccionar la chimenea. El viejo miraba más ceñudamente que nunca.

—Joven —dijo a Bill—, sólo quiero hacerle una pregunta. ¿Está seguro de que cuando salió a buscar fresas, Vicky no fué con usted?

—Pongo a Dios por testigo de que no salió conmigo —dijo Bill, con acento de sinceridad convincente—. Además, ¿cómo habría podido cerrar la puerta si hubiese salido conmigo?

H. M. se llevó nerviosamente la mano a su sombrero y dejó en él dos nuevas manchas.

Cabizbajo, dió unos pasos por el corredor. Su pie casi resbaló sobre algo que había en el suelo y lo recogió. Era un trozo cuadrado de tela impermeable encerada, de la que usan los carniceros para envolver carne, dentada en una de sus esquinas.

—¿Encontró usted algo? —preguntó Bill con voz alterada.

—No. Nada que tenga significado alguno... ¡Un momento!

En el fondo del pasillo, a la izquierda, estaba el dormitorio del cual Vicky Adams había desaparecido cuando era una niña. A pesar de que H. M. ya había mirado aquella pieza antes, abrió nuevamente su puerta.

Ya casi había oscurecido en Goblin Wood.

H. M. imaginó el cuarto de veinte años atrás, un cuarto con volantes cortinas de encajes, caoba barnizada, espejos relucientes, paredes blancas... H. M. parecía interesarse particularmente por las ventanas.

Recorrió cuidadosamente los marcos de ellas con sus manos, encaramándose trabajosamente sobre una silla para examinar la parte superior. Pidió una caja de fósforos a Bill, y las pequeñas chispas que brotaron al raspar los fósforos parecieron raspar los nervios de los tres. Las esperanzas de H. M. se desvanecieron y sus compañeros lo comprendieron por la expresión de su rostro.

—H. M. —preguntó Bill, por décima segunda vez—, ¿dónde está Vicky?

—Hijo mío —contestó H. M.—, desabridamente—, no lo sé.

—Vámonos —dijo Eva brusca y mente, con voz aguda—. Sé que esto es un truco; que Vicky es una farsante. Pero salgámonos de aquí de una vez. ¡Vámonos!

—La verdad es —dijo Bill, después de carraspear para aclarar su garganta— que eso es lo mejor que podemos hacer. Seguramente mañana sabremos algo de Vicky.

—Sí, ustedes ¿sabrán? —murmuró la voz del Vicky, brotando de la obscuridad.

Eva lanzó un chillido y se encendieron una lámpara.

Pero allí no había nadie.

Su retirada de la quinta había sido una buena idea. Pero... resultará mejor no describir cómo iban que no funciona.

tropezando, a obscuras, en el terreno desigual del prado; cómo arañaron las mantas y los cascotes en el coche, y cómo continuaron encontrar la carretera principal.

Sir Henry Merrivale no tiene el valor de hablar de esto. Pero puede estar preocupado; y que esta preocupación en aquella ocasión puede deducirse de lo que ocurrió más tarde.

H. M., después de detenerse en el "Clridge" para una modesta cena de langosta y Peche Melba, volvió a su casa en Brook Street y se acostó. Su sueño fué agitado. A las tres de la madrugada, antes del alba, lo despertó el timbre del teléfono, que estaba a la cabecera de su cama.

Lo que oyó le encendió la sangre.

—Querido Sir Henry —susurró una voz familiar, que parecía venir del otro mundo.

Dominando su ira, H. M. encendió la lámpara y se puso cuidadosamente las gafas para hablar por teléfono.

—¿Acaso tengo el honor —preguntó con una cortesía amenazadora— de hablar con la señorita Vicky Adams?

—Sí, señor.

—Espero sinceramente —dijo H. M.— que se haya divertido mucho. ¿Se ha materializado ya?

—Exacto.

—¿En dónde está usted ahora?

—Temo que eso será un pequeño secreto durante un par de días. Quiero darle a usted una "buena" lección.

La voz sonaba risueña y acariciadora.

—Buenas noches, querido.

Se oyó el ruido que producía el auricular al ser colgado.

H. M. no dijo ni una sola palabra. Saltó de la cama y pasó por la pieza su majestuosa humanidad cubierta por una camisa de dormir, pasada de moda, que le llegaba hasta los pies. Luego, puesto que lo habían despertado a las tres de la mañana, le pareció lógico que él despertase a otro. Por eso telefonó al inspector jefe Masters.

—No, señor —contestó Masters—; no me molesta que me haya llamado. ¿Nada de eso!

Se notaba cierto regocijo en su voz.

—Tengo algunas noticias para usted.

—Masters, ¿está usted tratando de burlarse de mí?

—Es lo que usted hace siempre conmigo, ¿no?

—Bueno, bueno —refunfuñó H. M.—, ¿qué noticias son esas?

—Recuerda usted que ayer mencionó el caso de Vicky Adams?

—Me parece recordarlo, sí.

—Hablé con mi gente, y después con un abogado que lo había sido de Fred Adams, hasta que éste murió, hace unos seis o siete años.

La voz de Masters se elevó triunfalmente.

—Siempre dije, Sir Henry, que Chuck Randall tenía algún truco en esa casa para poder salir secretamente de ella. Y tenía yo razón. El truco estaba...

—Sí, tenía usted razón, Masters. El truco estaba en la ventana.

El teléfono, para decirlo así, tuvo un sobresalto.

—¿Cómo?

—Una ventana con truco. Se apropieta un resorte. Y todo el marco de la ventana, en dos hojas apuñadas, se separa desliziándose entre las paredes lo bastante para dejar paso a una persona. Después se tira del marco y éste vuelve a su posición primitiva.

—¿Cómo demonios sabe usted de la obscuridad?

—Oh! En las casas de campo se construyen ventanas como esas.

En los tiempos en que se perseguía a los sacerdotes católicos, fué una buena idea. Pero... resultará mejor no describir cómo iban que no funciona.

—No funciona ahora. Pero, ¿sabe usted por qué?

—Puedo imaginarlo. Dígame.

—Porque, poco antes de morir, el señor Adams descubrió cómo su querida hija se había burlado de él. No dijo nada a nadie, excepto a su abogado. Tomó un puñado de clavos de cuatro pulgadas y fijó la parte superior de la ventana tan fuertemente que ni un obrero más fuerte podría abrirla, y repintó el marco para que no se viesen los clavos.

—Ahora se ven los clavos.

—No creo que la joven se haya enterado de ello —dijo Masters, ferozmente—. Pero, ¿me gustaría que alguien probase otra vez la jugarreta!

—Le gustaría, ¿eh? Entonces tal vez le interesaría saber que la misma muchacha ha desaparecido de la misma casa OTRA VEZ.

H. M. empezó a explicar detalladamente los hechos pero tuvo que interrumpir su narración, porque Masters se enojaba.

—Lo estoy contando la verdad Masters. No estoy bromeando. No salió por la ventana, pero desapareció. Lo mejor será que me vea usted por la mañana.

Después de darle la dirección donde debería verlo, H. M. dijo al inspector jefe:

—Y mientras tanto, hijo mío, duerma usted tranquilo.

La cara de Masters revelaba su cansancio al día siguiente al entrar en la sala de los visitantes del "Senior Conservatives' Club", un poco antes de la hora del lunch.

La sala de los visitantes es un lugar sepulcral y oscuro, en el cual el forastero se ve rodeado por retratos de caballeros barbudos con aspecto de dispépsicos. Se percibe un penetrante olor a madera y cuero. Aunque sobre la mesa había whisky y soda, H. M. se sentó en un sillón de cuero y se frotó las manos contra su cabeza calva.

—Y ahora, Masters, aguántese usted —advirtió—. Este asunto puede ser ruidoso. Pero no es cuestión de la policía... todavía.

—Ya sé que no es cuestión de la policía —contestó Masters—. De todas maneras, he hablado con el superintendente de Aylesbury.

—¿Fowler?

—Lo conoce usted?

—Claro; conozco a todo el mundo. ¿Va a intervenir en este asunto?

—Va a inspeccionar la quinta. Le he pedido que telefonee aquí. Mientras tanto, señor...

En aquel momento, por una coincidencia diabólica, sonó el timbre del teléfono. H. M. se precipitó sobre el auricular y lo agarró antes de que hubiese podido alcanzarlo Masters.

—Es el viejo —dijo, adoptando inconscientemente una actitud solemne—. Sí, sí, Masters está aquí, pero está borracho. Dígame a mi primero. ¿Qué pasa?

H. M. escuchó.

—Claro que miré en la alacena, aunque, francamente, no esperaba encontrar en ella a Vicky Adams. ¿Qué? ¡Repitalo! ¿Platos? Copas que han sido...

En la expresión de H. M. se produjo un cambio inquietante. Permaneció sin movimiento alguno. Toda "pose" había desaparecido de su persona. Ni siquiera escuchaba la voz que seguía hablándole mientras su cerebro trabajaba rápidamente, coordinando los hechos. Por fin, aunque la voz seguía hablando, colgó el auricular.

—Masters —dijo quedamente—, he estado a punto de cometer la tontería mayor de mi vida.

—Carraspeó un poco y agregó:

—No debería haberlo hecho realmente. Pero no me chille ahora por haber cortado la comunicación con Fowler. Puedo decirle cómo desapareció Vicky Adams, que no faltó a la verdad cuando dijo que se iba a un país extraño.

—¿Qué quiere usted decir?

—Está muerta —contestó H. M.—. Estas palabras cayeron pesadamente en aquella pieza sombría, ante las miradas de los barbudos retratos.

—Muchos de nosotros teníamos razón cuando decíamos que Vicky Adams era una farsante. Para atraer la atención sobre ella representó aquella comedia con su familia, utilizando la ventana con truco. Desde entonces ha vivido especulando con aquello, y eso fué lo que produjo mi confusión. Estaba en guardia contra un posible truco de Vicky Adams. Por eso nunca se me ocurrió que aquel elegante par de preciosidades, la señorita Eva Drayton y el señor William Sage, estaban conspirando para asesinarla.

lladamente los hechos pero tuvo que interrumpir su narración, porque Masters se enojaba.

—Lo estoy contando la verdad Masters. No estoy bromeando. No salió por la ventana, pero desapareció. Lo mejor será que me vea usted por la mañana.

Después de darle la dirección donde debería verlo, H. M. dijo al inspector jefe:

—Y mientras tanto, hijo mío, duerma usted tranquilo.

La cara de Masters revelaba su cansancio al día siguiente al entrar en la sala de los visitantes del "Senior Conservatives' Club", un poco antes de la hora del lunch.

La sala de los visitantes es un lugar sepulcral y oscuro, en el cual el forastero se ve rodeado por retratos de caballeros barbudos con aspecto de dispépsicos. Se percibe un penetrante olor a madera y cuero. Aunque sobre la mesa había whisky y soda, H. M. se sentó en un sillón de cuero y se frotó las manos contra su cabeza calva.

—Y ahora, Masters, aguántese usted —advirtió—. Este asunto puede ser ruidoso. Pero no es cuestión de la policía... todavía.

—Ya sé que no es cuestión de la policía —contestó Masters—. De todas maneras, he hablado con el superintendente de Aylesbury.

—¿Fowler?

—Lo conoce usted?

—Claro; conozco a todo el mundo. ¿Va a intervenir en este asunto?

—Va a inspeccionar la quinta. Le he pedido que telefonee aquí. Mientras tanto, señor...

En aquel momento, por una coincidencia diabólica, sonó el timbre del teléfono. H. M. se precipitó sobre el auricular y lo agarró antes de que hubiese podido alcanzarlo Masters.

—Es el viejo —dijo, adoptando inconscientemente una actitud solemne—. Sí, sí, Masters está aquí, pero está borracho. Dígame a mi primero. ¿Qué pasa?

H. M. escuchó.

—Claro que miré en la alacena, aunque, francamente, no esperaba encontrar en ella a Vicky Adams. ¿Qué? ¡Repitalo! ¿Platos? Copas que han sido...

En la expresión de H. M. se produjo un cambio inquietante. Permaneció sin movimiento alguno. Toda "pose" había desaparecido de su persona. Ni siquiera escuchaba la voz que seguía hablándole mientras su cerebro trabajaba rápidamente, coordinando los hechos. Por fin, aunque la voz seguía hablando, colgó el auricular.

—Masters —dijo quedamente—, he estado a punto de cometer la tontería mayor de mi vida.

—Carraspeó un poco y agregó:

—No debería haberlo hecho realmente. Pero no me chille ahora por haber cortado la comunicación con Fowler. Puedo decirle cómo desapareció Vicky Adams, que no faltó a la verdad cuando dijo que se iba a un país extraño.

—¿Qué quiere usted decir?

—Está muerta —contestó H. M.—. Estas palabras cayeron pesadamente en aquella pieza sombría, ante las miradas de los barbudos retratos.

—Muchos de nosotros teníamos razón cuando decíamos que Vicky Adams era una farsante. Para atraer la atención sobre ella representó aquella comedia con su familia, utilizando la ventana con truco. Desde entonces ha vivido especulando con aquello, y eso fué lo que produjo mi confusión. Estaba en guardia contra un posible truco de Vicky Adams. Por eso nunca se me ocurrió que aquel elegante par de preciosidades, la señorita Eva Drayton y el señor William Sage, estaban conspirando para asesinarla.

—Y ahora, Masters, aguántese usted —advirtió—. Este asunto puede ser ruidoso. Pero no es cuestión de la policía... todavía.

—Ya sé que no es cuestión de la policía —contestó Masters—. De todas maneras, he hablado con el superintendente de Aylesbury.

—¿Fowler?

—Lo conoce usted?

—Claro; conozco a todo el mundo. ¿Va a intervenir en este asunto?

—Va a inspeccionar la quinta. Le he pedido que telefonee aquí. Mientras tanto, señor...

En aquel momento, por una coincidencia diabólica, sonó el timbre del teléfono. H. M. se precipitó sobre el auricular y lo agarró antes de que hubiese podido alcanzarlo Masters.

—Es el viejo —dijo, adoptando inconscientemente una actitud solemne—. Sí, sí, Masters está aquí, pero está borracho. Dígame a mi primero. ¿Qué pasa?

H. M. escuchó.

—Claro que miré en la alacena, aunque, francamente, no esperaba encontrar en ella a Vicky Adams. ¿Qué? ¡Repitalo! ¿Platos? Copas que han sido...

En la expresión de H. M. se produjo un cambio inquietante. Permaneció sin movimiento alguno. Toda "pose" había desaparecido de su persona. Ni siquiera escuchaba la voz que seguía hablándole mientras su cerebro trabajaba rápidamente, coordinando los hechos. Por fin, aunque la voz seguía hablando, colgó el auricular.

—Masters —dijo quedamente—, he estado a punto de cometer la tontería mayor de mi vida.

—Carraspeó un poco y agregó:

—No debería haberlo hecho realmente. Pero no me chille ahora por haber cortado la comunicación con Fowler. Puedo decirle cómo desapareció Vicky Adams, que no faltó a la verdad cuando dijo que se iba a un país extraño.

Masters se levantó lentamente. —¿Ha dicho usted... asesinarla?

—Sí.

H. M. carraspeó nuevamente.

—Todo estaba preparado de antemano para tenerme a mi como testigo. Sabían que Vicky Adams no resistiría un reto a desaparecer, en lo cual estaban acertados, porque Vicky creía que podría salir por la ventana. Necesitaban que Vicky dijese que iba a desaparecer. No sabían nada del mecanismo de la ventana, Masters, pero habían estudiado bien su plan.

—La misma Eva Drayton me dijo el motivo. Odiaba a Vicky, naturalmente, pero ésta no era la razón principal. Era la única pariente de Vicky Adams, de la cual heredaría una fortuna. Eva dijo que podía ser paciente; cómo lo expresaban sus ojos cuando me decía eso! Estaba dispuesta a esperar los siete años necesarios para que a una persona desaparecida se la dé por muerta.

—Yo creo que Eva era la directora del plan. Sólo estuvo asustada un rato. Sage lo estuvo siempre. Pero fué Sage quien cometió el crimen. Atrajo a Vicky Adams hacia el interior de la quinta mientras Eva me entretenía charlando en el prado...

H. M. hizo una pausa.

El jefe inspector Masters, que había visto el rústico bungalow veinte años atrás, evocó su silueta perfilándose sobre la obscuridad del bosque.

—Masters —preguntó H. M.—, ¿por qué podía estar goteando el grifo del cuarto de baño en una casa que había estado desocupada desde hace varios meses?

—Pues... este... ¿por qué? —Fíjese usted: Sage es cirujano. Vi cómo sacaba su caja de instrumentos del coche. Llevó a Vicky Adams al interior de la casa. En el cuarto de baño la apuñaló y desmembró el cuerpo en la tina... ¡Muy fácil!

—Siga usted —dijo Masters, sin moverse.

—La cabeza, el tronco, y los brazos y las piernas dobladas fueron envueltas en tres grandes trozos de tela impermeable, muy bien cosidos, de modo que no pudiera aparecer la sangre. Yo encontré un pedazo de esa tela que él había estropeado al desliziarse la aguja en una esquina. Entonces salió por la puerta trasera, que había quedado abierta, para establecer la coartada de las fresas.

—¿Sage salió dejando el cadáver en la casa? —gritó Masters.

—Sí.

—Pero, ¿en dónde lo había dejado?

H. M. se hizo el desentendido.

—Entretando ¿qué era lo que hacía Eva Drayton? Cuando pasaron los tres cuartos de hora que se habían señalado, me dijo que había algo entre su novio y Vicky Adams. Corrió hacia la casa, ¿y qué hizo?

—Fué hasta el fondo del pasillo. La oí, Y, sinceramente, cerró la puerta trasera.

—Luego volvió a mí con lágrimas en los ojos. Y los dos granujas estaban listos para una investigación.

—¿Para una investigación? —preguntó Masters—. ¿Con el cadáver todavía en la casa?

—Exacto.

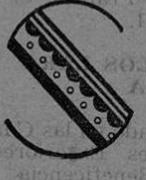
Masters levantó los puños.

—Seguramente dió un susto al joven Sage —dijo H. M.— cuando encontré aquel trozo de tela impermeable, que había lavado, pero que se le había caído. Se necesitaba todavía un poco más de comedia. Era preciso que la muchacha "desaparecida" hablase para demostrar que seguía viva. Si usted hubiese estado allí, habría observado que Eva imitaba a la perfección la voz de Vicky Adams. Si alguien habla en una pieza obscura, imitando cuidadosamente un

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



E encontraban una mañana rodeando al Presidente de la República en su despacho privado, los señores don Santos León Herrera, don Carlos Brenes Ortiz, don Buenaventura Casarla y don José Cabezas, todos amigos íntimos de don Ricardo Jiménez.

después de saludarlo, pasó a expresar sus deseos, pero, el señor Casarla que conocía a don Jesús y era amigo, le dice:
—“Dígame Jesús, ¿cuántos hijos tiene usted ahora?”
—“Nueve hijos, le contesta Bonilla.”
El Licenciado Casarla, no satisfecho con la respuesta, vuelve de nuevo a preguntarle:
—“¿Y por fuera, Bonilla?”...
—“NINGUNO!!”...
Entonces, interviene el señor Presidente Jiménez Oreamuno y dice sonriendo maliciosamente:

—“ES QUE LA SENORA, SIN DUDA ALGUNA, NO LE DIO TIEMPO A JESUS”...

cuidado infinito. No dicen demasiado, ni dicen poco. Si ustedes se detienen a pensar un momento, convendrán en que dicen exactamente lo necesario. Porque si los platos y las copas que antes contenían los tres grandes canastos habían quedado en la alacena, ¿por qué, cuando abandonaron la quinta, los canastos seguían pesando? Este fue el último pequeño empujón, agregado a todo el resto de la evidencia, para hacer a un lado la trama urdida y colocar al lector en posesión de todos los hechos necesarios que lo condujeran a la única solución correcta.

Bien. ¿Cómo se siente al mirar detrás de la escena durante la creación y elaboración de un cuento policíaco? ¿Se dan ustedes cuenta ahora de la enorme dificultad que ha de salvar el autor para ensamblar todas las partes de la trama, sin dejar cabos sueltos y sin faltar a la norma inter-

lectual que se ha impuesto el género policíaco moderno, de ser absolutamente leal con el lector? ¿Se dan ustedes cuenta ahora del ingenio, de la imaginación, del talento que se requiere para tallar y hacer el corte de un fino diamante policíaco? Esperamos que sí. Los autores de cuentos policíacos todavía están siendo juzgados muy a la ligera, especialmente por los críticos que jamás han intentado escribir uno. Pero los maestros artesanos, como Dickson Carr, con la ayuda de tantos otros héroes del género, que no han sido lo suficientemente llorados, ni honrados, ni alabados, acabarán por elevar el género policíaco hasta un nivel de literatura que sea universal y conquistarán la admiración y el respeto que por espacio de tanto tiempo se le ha negado a una de las más difíciles formas literarias que haya inventado la mente humana.

tono acariciador que ella nunca usa, la ilusión puede ser perfecta. Lo mismo pasó con la llamada telefónica.
—“Todo había terminado, Masters. Sólo faltaba sacar el cadáver de la casa y llevarlo muy lejos...”
—“Eso es precisamente lo que le estoy preguntando, señor—! ¿En dónde estaba durante todo este tiempo el cuerpo de la víctima? Y, ¿“quién” lo sacó de la casa?”
—Nosotros tres —contestó. H. M.

—¿Cómo!
—Masters, ¿ha olvidado usted los canastos del picnic?

El inspector jefe notó que H. M. estaba pálido, intensamente pálido. Y las palabras que siguieron produjeron en Masters el efecto de un golpe de maza en la cabeza.

—Tres grandes canastos de mimbre, con tapadera... Después de nuestra copiosa comida en la terraza, aquellos canastos habían sido entrados en la casa, en donde Sagé los tendría a mano. Tuvo que dejar la mayor parte de la vajilla en la alacena de la cocina... Tres grandes canastos de mimbre con picnic y tres paquetes de carnicero dentro de ellos... Yo llevé uno hasta el coche. Muy curioso...

H. M. extendió su mano, no muy firme hacia el whisky.

—¿Sabe usted? —dijo—. Siempre me preguntaré si el que yo llevaba... tendría dentro la cabeza.

ACERCA DEL CUENTO: Viene ahora lo bueno: el maravilloso análisis que, por sí solo, constituye un tratado completo sobre el cuento y la novela policíacos. El análisis que hace Ellery Queen.

“La Casa de Goblin Wood” no es solamente un cuento típico de John Dickson Carr-Carter Dickson, sino que es Carr-Dickson en su mejor forma. Ofrece lo que se ha dado en llamar el problema del “milagro”, que es, posiblemente, uno de los más fascinantes problemas en el género policíaco. Todo eso, y el problema del “cuarto cerrado”; todo eso, y la escrupulosa lealtad de Dickson Carr hacia el lector; todo eso, y la insuperable atmósfera de lo sobrenatural, que, a la postre, resulta demasiado natural; del “crimen imposible”, que al final resulta demasiado posible. Todo eso...

Fíjese usted, por ejemplo, en la introducción que le hace el autor de su personaje principal, el grande, el voluminoso caballero de forma de barril, con su aire majestuoso, su olímpico desprecio, y su lengua vomitando azufre y fuego... el gran hombre en persona: H. M. ¿Como nos presentan con él? Haciéndolo resbalar con una cascara de plátano. ¿Por qué escogió el autor este método de introducción? ¿Para mostrarnos el carácter de cada uno de los personajes? Sí. ¿Como elemento cómico? También. Pero hay mucho más detrás de eso; hay un propósito muchísimo más profundo que la simple caracterización humana. Esta escena, casi grotesca, sirve para un fin importantísimo dentro de la TRAMA. ¿Qué es lo que llega a nuestro conocimiento, como resultado de la estrepitosa caída de H. M.? Que Bill Sage no solamente es médico... sino cirujano. Y este hecho es probablemente la clave vital de todo el cuento. ¿Y, sin embargo, considérese con qué recato, con qué suavidad y con qué fineza el autor dejó deslizar esa importante clave en el relato! Este deliberado y, sin embargo, leal propósito de desviar la atención constituye un perfecto CAMOUFLAGE.

Un poco más adelante, el autor nos dice abiertamente que había “TRES ENORMES CANASTOS DE MIMBRE”, ambas cosas, el número y el tamaño, son claves importantes. Más adelante todavía se nos informa, con una fran-

queza que lo desarma a uno, que Bill Sage “SACO UN ESTUCHE NEGRO DEL COCHE”. ¿Llegaron ustedes a relacionar este hecho con el detalle de la cirugía, para preguntarse por qué necesitaba Bill Sage su “ESTUCHE NEGRO” durante un simple picnic en el campo? Pues debieron haberlo hecho... porque el arte de la deducción está asumiendo ya un modelo perceptible.

Luego se nos informa que, tras consumir los alimentos, “SE QUITO LA MESA Y SE COLOCARON LOS MUEBLES Y LOS CANASTOS DENTRO DE LA CASA”. Esto hace que los tres importantes e indispensables canastos queden dentro de la casa, “DENTRO DE LA CASA” —como dice el mismo H. M. en el penúltimo párrafo del cuento—, “EN DONDE SAGE LOS TENDRIA A MANO”. El cógulo deductivo se espesa, se condensa, aumenta, se complica... ¡y todo por la invisible inserción de una simple e insospechada palabra como “ADENTRO”!

Las claves, los datos, continúan surgiendo; algunos descaradamente, otros, reservada, clandestinamente... trocitos y palazos, todos necesarios para completar el mosaico final de la verdad irrefutable. Eva asegura que ella es “LA UNICA PACIENTE” de Vickey... ofreciéndole con esto al lector el móvil del crimen en una charola de plata. Eva confiesa que es “TERRIBLE, TERRIBLEMENTE PACIENTE”...; es decir, un aspecto esencial de su carácter, lo cual hace creíble el hecho de que “estaba dispuesta a esperar los siete años necesarios para que a una persona desaparecida se la dé por muerta”. H. M. (y el lector) oyen “LAS PISADAS DE EVA A LO LARGO DEL PEQUEÑO PASILLO INTERIOR”... diciéndonos con esto, en forma disimulada y hábil, que fué Eva quien pudo haber cerrado por dentro la puerta posterior. “EL GRIFO GOTTEABA MONOTONAMENTE”... el adverbio, insidioso y diestramente, aleja nuestra atención de la clave reveladora. “UN TROZO CUADRADO DE TELA IMPERMEABLE QUE USAN LOS CARNICEROS PARA ENVOLVER CARNE, DENTADA EN UNA DE SUS ESQUINAS”... ¿No constituye esto una atrevida entrega al lector? Y, sin embargo, ¿cuánto se ha entregado?

El sentido del ritmo del autor es intachable. Cuando el desconcierto de H. M. alcanza su mayor altura, llega el jefe inspector Masters con una solución sencilla y simple: con la revelación de que una de las habitaciones de la quinta tenía una “ventana con truco”. ¿De modo que esa era la explicación de la desaparición imposible! ¿Se trataba solamente de una triquiñuela! Pero resulta que el autor está jugando al gato y al ratón con el lector: en vez de establecer una cosa aparentemente sobrenatural, para luego explicarla satisfactoriamente (que es el procedimiento usual, y lo suficientemente bueno para quienes lo practican), el autor echa mano de una explicación que resulta natural, solamente para sumergir más profundamente el relato en el campo de lo sobrenatural. Lo de la “ventana con truco” es un indicio que ha sido cuidadosamente elaborado, se ha convencido, sin lugar a duda, de que no se le va a defraudar con una solución que resulte obvia —y, en consecuencia, que no sea satisfactoria—, como un decepcionante anticlimax después de tan minuciosa elaboración. Y esto, queridos lectores, es ritmo dramático.

Y, finalmente, el informe de que en la alacena había “PLATOS”, “COPAS QUE HAN SIDO...” Aquí, con conocimiento de causa, el autor patinó sobre hielo frágil. Las palabras fueron escogidas con

HISTORIA DEL PODER EN

Por Rafael Obregón Loria

Don Federico Tinoco Granados, Presidente Provisorio

L 27 de enero de 1917, el Ministro de Guerra en el gobierno del señor González Flores, don Federico Tinoco Granados, desconoció ese gobierno y se proclamó Presidente Provisorio con el apoyo de los cuarteles.

Secretarios de Estado en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco Granados.

Licenciado Carlos Lara Iraeta: Relaciones Exteriores, Justicia, Culto, Gracia y Beneficencia. Durante tres días, o sea, hasta el 31 de enero sirvió la Cartera de Instrucción Pública.

Don Oscar Rohrmoser Carranza: Hacienda y Comercio. Hasta el 31 de enero, o sea, durante tres días tuvo a su cargo las Carteras de Gobernación y Policía. Renunció su cargo el 17 de febrero de 1917.

General Joaquín Tinoco Granados: Guerra y Marina.

General Juan Bautista Quirós Segura: Fomento.

Profesor Roberto Brenes Mesén: Instrucción Pública, nombrado el 31 de enero de 1917.

Licenciado Amadeo Johanning Morales: Gobernación y Policía, nombrado el 31 de enero de 1917.

Licenciado Manuel Francisco Jiménez Ortiz: Hacienda y Comercio, desde el 17 de febrero de 1917.

Sub Secretarías de Estado

El 30 de enero de 1917 fué suprimida la Sub Secretaría de Fomento.

El 3 de febrero de 1917 fué nombrado el licenciado Raúl Gurdían Rojas como Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio.

Don FEDERICO TINOCO GRANADOS



PADRES: Federico Tinoco Iglesias y Guadalupe Granados Bonilla.

NACIO en San José el 21 de noviembre de 1870.

CASO el 5 de junio de 1898 con María Fernández Le Capellain.

Realizó sus estudios en Carago y San José y luego viajó por

Europa y Estados Unidos.

Muy aficionado a la política desde joven. Ya el 3 de mayo de 1902 fué uno de los jefes de la insurrección militar que trató de impedir la llegada del licenciado Ascensión Esquivel a la Presidencia de la República, movimiento que fracasó. En noviembre de 1906, junto con don Rudesindo Guardia y don Manuel Castro Quesada fué uno de los cabecillas de una revolución contra el gobierno de don Cleto González Víquez; ellos, lo mismo que otras personas, fueron arrestados y se inició la sumaria correspondiente, siendo Juez Militar el licenciado Octavio Quesada Vargas. El 10 de diciembre siguiente el Presidente González Víquez suspendió la sumaria y puso en libertad a los comprometidos.

En las elecciones de 1908 el señor Tinoco fué electo diputado al Congreso Constitucional. En abril de 1914 fué con don Ricardo Jiménez uno de los autores de la combinación política que llevó a don Alfredo González Flores al Poder. Nombrado por éste Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina se hizo dueño de los cuarteles y se proclamó Presidente de la República. Poco después hizo elecciones y salió electo popularmente para ese alto cargo, iniciando su gobierno constitucional el 11 de abril de 1917. El hombre fuerte de su gobierno fué su hermano el general José Joaquín Tinoco, quien ocupaba el cargo de Ministro de Guerra y quien fué asesinado más tarde por un desconocido; por tal motivo, y también por haber estallado el movimiento revolucionario del Sapoá, se separó de su cargo el 12 de agosto de 1919 y se trasladó a Europa.

MURIO en París, Francia, el 7 de setiembre de 1931.

Licenciado CARLOS LARA IRAETA

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco.

PADRES: Salvador Lara Zamora y Josefa Iraeta.

NACIO en San José.

CASO con Marta Hine Saborio

Se graduó de licenciado en leyes el 24 de setiembre de 1902. Adjunto a la Legación de Costa Rica en Colombia. Secretario de la Legación de Costa Rica en Honduras, en Panamá, Francia, en Alemania, en España, en Bélgica y en el Vaticano. Ministro de Costa Rica en Guatemala y Delegado a la Oficina Internacional Centroamericana. En el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel desempeñó la Sub Secretaría de Relaciones Exteriores y Carteras Anexas. Fué Ministro en el gobierno constitucional de don Federico Tinoco, y tuvo accidentalmente las Carteras de Guerra y Marina. De setiembre de 1917 a setiembre de 1919 estuvo en Washington como Delegado del Gobierno de Costa Rica.

Durante cuatro años desempeñó el cargo de Intendente Municipal de la ciudad de San José. Procurador General de la Tributación Directa. Miembro propietario y Presidente del Consejo Nacional Electoral. Director General de la Tributación Directa con recargo de la Procuraduría General de la misma y encargado de la Cédula de Ingresos. Auditor General y Asesor Judicial de la Secretaría de Hacienda.

General JOSE JOAQUIN TINOCO GRANADOS



Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco.

PADRES: Federico Tinoco Iglesias y Lupe Granados Bonilla.

NACIO en San José.

CASO con Mercedes Lara Iraeta.

Viajó por los Estados Unidos y Europa. El 31 de agosto de 1917 se le confirió el grado de general de brigada, y el 23 de julio de 1919 se le ascendió a general de división. Fué el hombre fuerte del gobierno Tinoco, en el cual tuvo a su cargo el Ministerio de Guerra; por un tiempo tuvo también como recargo el Ministerio de Gobernación y Policía. Fué además Primer Designado a la Presidencia de la República.

MURIO en San José el 10 de agosto de 1919, asesinado por un desconocido.

General JUAN BAUTISTA QUIROS SEGURA

(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en el Despacho de Fomento en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco Granados.

Profesor ROBERTO BRENES MESEN

(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco.

Licenciado AMADEO JOHANNING MORALES



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco.

PADRES: Carlos Johanning Bertelsmann y Laureana Morales Pacheco.

NACIO en San José el 30 de marzo de 1877.

CASO con Lastenia Murillo Rodríguez.

Escribiente y luego Secretario de la Alcaldía Primera de San José. Secretario de la Sala 2ª de Apelaciones. Juez Civil de San José. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Municipio capitalino. Juez Superior de Trabajo. Presidente del Comité de Investigación Electoral. Catedrático de la Escuela de Derecho. Presidente del Tribunal Superior de Arbitraje sobre Reparación por Accidentes de Trabajo. Abogado del Banco Nacional de Costa Rica.

VIVE en San José.

Licenciado MANUEL FRANCISCO JIMENEZ ORTIZ



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno provisorio de don Federico Tinoco, desde el 17 de febrero de 1917.

PADRES: Manuel Vicente Jiménez Oreámuno y Juana Ortiz Garrita.

NACIO en Cartago el 4 de junio de 1882.

CASO con Isabel de la Guardia.

Se graduó de abogado el 20 de diciembre de 1903. Secretario General de la Conferencia de Paz Centroamericana reunida en El Salvador en 1907. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de Argentina (1935), Uruguay, Brasil (1935), Venezuela y Brasil (1940). Embajador Extraordinario ante los gobiernos de Panamá, Colombia, Chile (1936), Cuba, República Dominicana, Venezuela (1940), Perú, Chile (1941), Argentina (1941), Brasil (1943), Bolivia, Paraguay y Ecuador. Presidente del Colegio de Abogados de Costa Rica en 1935. Presidente de la Delegación de Costa Rica a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz reunida en Buenos Aires en 1936. Presidente del Gran Consejo Electoral de la República. Miembro del Comité Interamericano de Neutralidad. Río de Janeiro (1940). Presidente de la Comisión Costarricense de Fomento Interamericano. Diputado a la Asamblea Constituyente de 1949. Presidente de la Academia Costarricense de la Lengua, correspondiente de la Academia Española. Secretario de Estado en el gobierno del licenciado León Cortés.

Fué el licenciado Jiménez Ortiz indudablemente una conspicua personalidad de nuestro país y un hombre de grandes capacidades como estadista; junto con el licenciado don Luis Anderson fué uno

Romance de las Virgenes Fatuas

— I —

Ceja de la luna nueva
sobre la comba del monte.
Por aquel camino bajan
lucecitas color cobre.

Se corren hacia la mar,
cinco son finas estrellas.
La sombra come las manos,
el viento pica las huellas.

Pasa un olor de jacintos
nacido en no sé qué trenzas.

— II —

La media noche se acerca,
la luna colgada al pecho.
Aguijones del insomnio,
blanda madeja del sueño.

— ¿Dónde están las cinco estrellas,
las que orillaban la mar?

— En la niebla parpadea
una leve claridad.

¡Ay, que el aceite se acaba
y espera Nuestro Señor,
y cada vez los caminos
más como de tinta son!

¡Ay, que las vírgenes corran,
que crezca y crezca la luna,
que en las lámparas expriman
los olivos su aceituna!

¡Ay, que el Señor se entristece;
cinco sonrisas le faltan,
cinco varas de azucena,
cinco túnicas de plata,
cinco besos, los más frescos
sobre el ardor de sus plantas!

¡Ay, se apagaron las lámparas!

JUANA DE IBARBOUROU

tario Privado del Presidente Tinoco, Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación y Policía. Cónsul de Costa Rica en la ciudad de Boston. Vivió sus últimos años en los Estados Unidos.

MURIO en Boston, Mass., el 19 de Julio de 1931.
Don **FRANKLIN JIMENEZ DELGADO**



Ministro de Hacienda y Comercio en el gobierno de don Federico Tinoco, desde el 29 de mayo de 1919.

PADRES: Eliseo Jiménez Fernández (costarricense) y Sara Delgado Icaza (panameña).

NACIO en David, Chiriquí, el 15 de junio de 1881.

CASO el 22 de abril de 1906 con Luisa Moreno Cañas.

Quedó huérfano muy niño y entonces fue traído (1886) a nuestro país, viviendo desde entonces en la casa del licenciado Mauro Fernández, creciendo allí al lado de los hijos de este ilustre ciudadano, quien tuvo para él el cariño de un verdadero padre.

Estudió en la Escuela de Derecho hasta graduarse de Bachiller en leyes, pero no completó su profesión porque pasó a trabajar en la Contabilidad del Banco de Costa Rica donde prestó sus servicios por largos años. En 1917 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente. En mayo de 1919 salió elegido diputado al Congreso, pero sólo por unos días desempeñó su cargo, ya que a fines de ese mes fue llamado al Ministerio.

MURIO en San José el 4 de diciembre de 1933.

Licenciado **GUILLERMO VARGAS CALVO**



Chile. Presidente de la Delegación de nuestro país a la Octava Conferencia Internacional Americana celebrada en Lima en 1938. En la administración del Licenciado León Cortés fue nuevamente Secretario de Estado. Presidente de la Junta de Educación de San José, miembro de la Directiva del Colegio de Abogados y Presidente del Patronato Nacional de la Infancia. Es una de nuestros intelectuales y de nuestros más distinguidos oradores.
VIVE en San José.

Don **MANUEL MONGE CERVANTES**



Ministro de Gobernación y Policía en el gobierno de don Federico Tinoco, desde el 14 de setiembre de 1918.

PADRES: Nicolás Monge León y María Cervantes.

NACIO en San José el 2 de agosto de 1866.

CASO en primeras nupcias con Anita Spoerly, y en segundas nupcias con Rafaelita Pastor.

Oficial Mayor de la Secretaría de Instrucción Pública. Tesorero de la Institución Barroeta. Secretario

Ministro de Instrucción Pública en el Gobierno de don Federico Tinoco, desde el 14 de junio

noco, del 21 de marzo de 1918 al 14 de junio de 1919 en que renunció.

PADRES: Pedro Alfaro Muñoz y María González Quesada.

NACIO en Alajuela el 16 de febrero de 1865.

CASO con Gordiana Flores Camacho.

Realizó estudios en el Instituto Smithsonian de Washington. Fue durante largos años Profesor de Ciencias Naturales en el Colegio de Señoritas. Director del Museo Nacional y de los Archivos Nacionales. Entre los hombres que han cultivado la ciencia en nuestro país ocupa un prominente lugar. Publicó varias obras de carácter literario y científico.

MURIO el 19 de enero de 1951.

Don **ENRIQUE ORTIZ RIVERA**



Ministro de Hacienda y Comercio en el gobierno de don Federico Tinoco, del 30 de marzo de 1918 al 29 de mayo de 1919 en que renunció.

PADRES: Ramón Ortiz Frutos y Rafaela Rivera Brenes.

NACIO en San José.

CASO el 24 de enero de 1917 con Delfina Borbón Gutiérrez.

Municipio por San José. Gobernador de la Provincia de San José. Miembro de la Directiva del

Hospicio de Incurables (hoy Asilo Carlos María Ulloa). Fue propietario por varios años de una de las más acreditadas y lujosas joyerías de la capital. Sirvió accidentalmente y como recargo, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Carteras Anexas.

MURIO en San José el 19 de febrero de 1934.

Licenciado **TOBIAS ZUNIGA MONTUFAR**



Ministro en varias Carteras en el gobierno de don Federico Tinoco, desde el 23 de julio de 1918.

PADRES: Tobías Zúñiga Castro y Rosario Montufar Madriz.

NACIO en San José el 13 de agosto de 1880.

CASO con Hortensia Quijano Quesada.

Parte de sus estudios secundarios los realizó en la Escuela Politécnica de Guatemala y parte en el Liceo de Costa Rica donde se graduó de bachiller. El 19 de febrero de 1908 se incorporó como abogado ante nuestro Supremo Tribunal. Ha sido diputado en varias ocasiones. En dos oportunas des Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en todos los países de Centro América.

Embajador en Misión Especial en

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

PAVLOV Y LA PROPAGANDA SOVIETICA

Por Alan M. G. Little.

En 1950, como parte del inventario científico de post-guerra, en la Unión Soviética se verificaron importantes reuniones de fisiólogos y sicólogos destinadas a estimular el "regreso a los correctos principios de Pavlov" y a intensificar el estudio del "segundo sistema de señales" iniciado por el eminente sicólogo ruso para explicar el poder de expresión del hombre.

En el curso de una larga vida de investigación, (1849-1936) Pavlov demostró que el sistema nervioso del hombre es infinitamente más flexible que el de cualquier animal al integrar las impresiones recibidas del medio ambiente. Según su teoría la adaptabilidad superior del hombre se

de 1919.

PADRES: José Vargas Montero y Dorotea Calvo Mora.

NACIO en San José en 1881.

CASO con Lila Facio Ulloa.

Se graduó de abogado en la Escuela de Derecho de Costa Rica. En 1903 estuvo en Managua como Delegado al Congreso Centroamericano de Estudiantes. En 1905 fue Agregado a la Legación de Costa Rica en Panamá. En 1907 fue profesor de Historia Literaria en el Liceo de Costa Rica. En 1910 fue Director de los Archivos Nacionales. Durante los años sirvió una cátedra en la Escuela de Derecho. En sus últimos tiempos fue Director de la Oficina de Estadística.

Notable escritor, colaboró en la mayor parte de los periódicos nacionales y fue director y propietario de algunos de ellos. En la República Argentina formó parte del cuerpo de redactores del prestigioso diario "La Nación" de Buenos Aires. En los Estados Unidos fue jefe de redacción de "La Prensa" de New York. De él dice el poeta Sotela: "Exclusivamente periodista y noble artista. Su estilo es exuberante y lírico. A veces su prosa es de poeta, llena de imágenes y de giros bellos".

MURIO en San José el 23 de marzo de 1934.

General VICTOR MANUEL QUIROS FONSECA



Ministro de Guerra y Marina, nombrado el 10 de agosto de 1919 por haber muerto ese día el titular General José Joaquín Tinoco. (no tenemos datos personales)

Licenciado RAUL GURDIAN ROJAS

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio, hasta el 2 de abril de 1918 en que renunció.

debe a que la mayoría de sus reacciones ante el mundo que le rodea están sometidas a símbolos, de los cuales la palabra forma el grupo mayor. Mas aún, a través de su idioma, el hombre crea un medio simbólico que puede alterar las reacciones de sus contemporáneos y aún de las futuras generaciones.

Estas reuniones científicas en que se discutieron las teorías de Pavlov se verificaron en Moscú, en junio y julio de 1950 y fueron auspiciadas por la Academia Soviética de Ciencias. La prensa comunista siguió día a día estas discusiones e incorporó un análisis a fondo de la lingüística soviética, en el cual las nuevas teorías filológicas aceptadas desde la Revolución fueron sometidas al lastre de las teorías definidas por el propio Stalin. La conexión entre los dos temas fué puesta de manifiesto por medio de repetidas referencias a las teorías lingüísticas de Stalin, hechas por los expositores de la filosofía de Pavlov.

¿Qué significa este regreso de Pavlov, atado a la nueva teoría sobre lingüística? El escritor Bertram D. Wolfe da una incisiva respuesta a esta pregunta cuando dice: "Los regentes del sistema soviético se dedican ahora en 1950 a realizar la tarea psicológica final del estado totalitario, es decir, a acondicionar al hombre a fórmulas, lemas y símbolos antes que el mundo real que lo rodea". Esta conclusión abre perspectivas que, seguramente, nunca fueron soñadas por el mismo Pavlov y está confirmada por la evidencia que ofrecen estas discusiones científicas, por la naturaleza de los problemas lingüísticos que han ocupado por años a los sicólogos soviéticos y por la aplicación de sus conclusiones a los métodos actuales de propaganda, particularmente en los nuevos territorios dominados por los comunistas en China y Corea.

A pesar de la diversidad de temas que se trataron a la luz de la influencia ejercida por Pavlov, el propósito de la reunión de Moscú debió surgir claramente ante los participantes desde el comienzo de la conferencia. De acuerdo con la fórmula ya establecida el escenario estaba preparado para trazar una nueva definición de las investigaciones fisiológicas y psicológicas de acuerdo con las exigencias del Partido.

El Significado del Análisis de Pavlov

Para que todo apareciera normal a primera vista los organizadores de esta reunión habían preparado una controversia entre los voceros del Partido (el Académico Bykov y Profesor Ivanov Smolensky), escogidos por haber sido compañeros de Pavlov y por ser sus naturales herederos intelectuales, mientras que sus opositores—las víctimas de la farsa—fueron discípulos del eminente sabio "que no habían entendido a su maestro". Estos fueron el Académico Orbeli, el Profesor Anokhin y otros desventurados que no habían sido capaces "de leer entre líneas lo que Pavlov y sus teorías querían decir", o que no habían entendido lo que el Partido había querido que entendieran.

Las verdaderas intenciones del Partido surgieron de estas discusiones al comparar las ideas, actitudes y trayectorias de investigación consistentemente aplaudidas, y defendidas, y aquellas atacadas.

4 actitudes asumidas por los sicólogos rusos fueron los principales blancos de la crítica: 1) dependencia de las tradiciones occidentales idealistas en las investigaciones; 2) tendencia "subjetiva"

CURA Y QUIROMANTICO

Por Gonzalo Chacón Trejos



EERTO día del año 1807, de la casona del señor ex-Gobernador don Ramón Jiménez y de su esposa doña Joaquina Zamora salieron de estampía varias criadas en distintas direcciones de la ciudad de Cartago, que envuelta en suaves brumas, acentuaba su quietud y silencio claustrales. Iban las criadas a dar presuroso aviso a linajudas damas, amigas de doña Joaquina, que ésta estaba en el trance penoso y sublime de dar a luz, por lo cual aquéllas se apresuraron a asistir con oraciones, novenas, consejos, sobos y menjurjes a tan ilustre dama y amiga. Felizmente nació un niño, al que bautizaron en la Iglesia Parroquial con el nombre de Eustaquio. Y dicen que el cura, al im-

calificada como "dualística"; 3) preocupación con los nervios humanos inferiores, autónomos y sensibles, en lugar de sus mecanismos reflejos; 4) fracaso de adelantar las investigaciones científicas de acuerdo con la filosofía del materialismo dialéctico.

Oficial, aunque no ostensiblemente, se estimuló el análisis materialista de los problemas de pensamiento y expresión verbal, el estudio de la identidad "subjetiva y objetiva" en las percepciones humanas, y el trabajo experimental con los mecanismos reflejos del sistema nervioso superior. De cuando en cuando los voceros del régimen hacían vigorosas referencias a la relación entre las teorías lingüísticas de Stalin y la filosofía de Pavlov.

En su discurso inaugural Bykov hizo un elogio grandilocuente de los descubrimientos de Pavlov que calificó como la gran contribución rusa "al pensamiento común de la humanidad", como un hecho revolucionario en la historia de fisiología y la psicología y como la clave que había abierto la posibilidad de adaptación del hombre a su medio ambiente.

Mas adelante, Bykov continuó: Pavlov puso de presente la necesidad de un estudio objetivo del comportamiento de los animales, para realizar la comparación estrictamente científica de la influencia del medio ambiente sobre cada uno. Pavlov formuló y llevó a cabo los primeros ensayos para probar la idea de que los reflejos condicionados, habiendo sido adquiridos individualmente, podrían ser cambiados por reflejos sin condicionar por medio de un proceso de filogenia. "Se puede asumir, según lo afirmó Pavlov, que algunos de los reflejos condicionados adquiridos recientemente se pueden convertir en reflejos sin condicionar en la siguiente generación.

Estas teorías científicas sobre el acondicionamiento del hombre a su medio ambiente tienen importantes implicaciones políticas. Desde luego este aspecto de la discusión no fué mencionado en la reunión, pero el Partido había desconfiado estas abiertas referencias. En realidad una parte considerable de las discusiones estuvo dedicada a estimular el estudio de las reacciones internas del hombre susceptibles de rebelión ante las condiciones del estado totalitario, el análisis del sistema nervioso autónomo.

En las propias palabras de Bykov:

(La segunda y última parte de este artículo se publicará en nuestra próxima edición)

ponerle el olio y crisma, vaticinó que el niño llegaría a gobernar con la misma devoción, celo y acierto con que su Padre había servido a su Majestad Católica el rey de España, como Gobernador de la Provincia de Costa Rica. No fue precisamente don Eustaquio quien, de los hijos de don Ramón, llegó a gobernar, sino su hermano menor don Jesús Jiménez, padre del ilustre don Ricardo Jiménez, que ha sido tres veces electo Presidente de Costa Rica por voluntad del pueblo soberano. Creció el niño Eustaquio sano y fuerte pero silencioso y taciturno, y tan alejado de juegos y entretenimientos infantiles como aficionado a místicos fervores, por lo que, andando los años, ingresó al sacerdocio, para lo cual solicitó órdenes en 1832. Grande fue su virtud y ejemplar su conducta, en una época en que el clero era disoluto y manga ancha especialmente en la trasgresión del sexto mandamiento, a lo que seguía—;naturalmente!— el aumento de hijos de padre no

conocido, como dicen las fes de bautismo en los libros parroquiales. El padre Eustaquio fue ejemplo de buenos sacerdotes y espejo de virtudes, al que nunca se le conoció barragana, ni enredo de faldas, muchísimo menos hijo natural con india, chola o blanca. Tal vez, y sin el tal vez, casi seguramente, debido a los deseos reprimidos de que con tan amplia claridad nos hablan Freud y los psicoanalistas, al padre Eustaquio se le agrió el humor, dióse a la irascibilidad, y por temporadas, como los lunáticos, volvíase misántropo y misógino. Sólo sus deberes de sacerdote lo sacaban del en simismamiento y voluntario retiro que a veces se imponía, para entonces alternar con los hombres; sólo su fe robusta y su amor a Cristo Crucificado lo hacían dominar sus temores de misántropo para oficiar la misa, oír confesiones y administrar los demás sacramentos. Fué cura en Tres Ríos durante algún tiempo, y allí ocurrió que un domingo subió al púlpito durante la misa y advirtió a los fieles que en el sermón de ese día se ocuparía de las prácticas abominables de algunas mujeres que se cuidan, más que de sus obligaciones y deberes, de crespos, trapos y robacorazones; el colofón, del bien parecer y de provocar con malicias y contoneos a los hombres, a los que incitan al horrendo pecado, nefanda flaqueza de la carne. Dijo a los hombres que se retiraran al fondo de la iglesia y a las mujeres que se adelantaran hacia el púlpito, pues para ellas iba especialmente el sermón; mas como no le obedecieran y confundidos hombres y mujeres se acercaran al púlpito para mejor oír, se enfureció el padre Eustaquio y le gritó airadísimo: "¿No me oyeron? ¡Las nalgas arriba y los calzones abajo!"

Así comenzó un famoso sermón del Padre Eustaquio contra la deshonesta liviandad de ciertas mujeres.

En diciembre de 1867 pidió dispensa de misiones para ir a Roma, lo que le fue concedido; de vuelta a la patria se dedicó especialmente a la agricultura en sus vastos terrenos del Aguacate, tras los pintorescos cerros de La Carpintera, donde vivió largos años aislado y casi olvidado.

Ya muy anciano—pues murió en 1889—vivía recluido en su casona de Cartago, negado al mucho trato con sus semejantes; por tiempos se exacerbaba su misantropía y entonces pasaba semanas enteras recluido en un aposento al que no permitía entrar a nadie, presa de un ansia desesperada de soledad y aislamiento, de silencio y de quietud. En esos

"Stalingrado y Moscú" de Plievier

Por RAMON SENDER



OS libros de guerra que sucedieron a cada una de las grandes conflagraciones son considerados en general como literatura periodística. Puede ser cierta esa clasificación, pero un libro periodístico no es un libro de segundo orden, sino que lleva consigo una cualidad de primerísima importancia: la actualidad. Es la actualidad todo lo que tenemos y, además, es también —no hay que olvidarlo— la historia de mañana. Los grandes libros de todos los tiempos tienen en el fondo valores periodísticos. Son el reflejo de los grandes problemas de la época. Esto sucede con la *Ilíada* y con los tratados de Séneca, con el *Mío Cid* y con el *Quijote*. Lo mismo se puede decir de Rabelais, de Montaigne, de Shakespeare y con mayor motivo de Bacon.

Pero no todos los libros periodísticos son buenos. Los hay mediocres y los hay penosamente sórdidos. Se puede informar de muchas maneras y es más difícil alcanzar distinción contando lo que uno ha visto que traduciendo al idioma corriente los sueños de nuestro mundo subjetivo. En de-

ser muy bien un gran pueblo puesto que es capaz de producir poetas. En ellos tienen los pueblos su faro y su fuerza. Un pueblo puede ser siempre grande, y en la forma más pura de la grandeza, cuando logra encarnar y realizar el pensamiento de sus hijos artistas.

¿En cuál de los grupos de poetas señalados voy a colocar al poeta Jiménez? Esto me lo he preguntado muchas veces. He tenido que convenir en que he hecho una clasificación arbitraria. En realidad las modalidades se encuentran confundidas y es que la grandeza no consiste en ser Jacob, sino en merecer que el Ángel nos cierre el paso con su espada de luz. Para un poeta de la calidad de Jiménez Canossa, ese encuentro es fatal. Todos los poetas clarividentes han conocido el dolor y la tragedia, en lucha contra sí mismos y el destino.

Sí, el arte no es para Salvador Jiménez Canossa ni placer ni fortuna. Su poesía rezuma otra cosa. Escribe bajo el signo de una interrogación cuya respuesta se le hace imposible y de la cual pareciera que dependiera su vida interior. En esa interrogación implacable y no respondida está la esencia de sus versos. Léase, si no, la segunda parte de "DEL VIENTO Y DE LAS NUBES". ¿Para qué interroga? ¿Qué es lo que pregunta? ¿Qué signos son esos que le hace el viento y la lluvia, las espigas y las nubes, y qué significan?

Todo el poema aparecerá como un diálogo con la eternidad, con lo incognoscible, con Dios. Padece una enfermedad mortal: desea saber. El misterio lo acosa, lo agarrota, lo martiriza. Entonces lucha en las sombras y siente la angustia del que está a punto de saber una cosa tan terrible por sí misma como su propia incertidumbre, y es que detrás de esa sombra que es él mismo, está Dios escuchándolo, y que su fé no lo consuela, "que no le basta". El milagro del alma ha sido,

finitiva todo se reduce a un mismo problema: genio interpretativo y aptitud de expresión. Y todo depende del autor.

En este caso se trata de un escritor que no es joven, pero que es nuevo y que se está dando a conocer en los Estados Unidos y en Europa con libros de gran alienato. Es como un pintor que comenzara con grandes frescos murales. Teodoro Plievier anda en los sesenta años. Durante la primera guerra mundial era ya marino, y su barco quedó detenido en un puerto de Chile. Pasó Plievier allí casi todo el período de la guerra. Aprendió el español y lo habla con acento chileno.

Al final de la primera guerra mundial regresó a Alemania. Tomó parte en la insurrección de la escuadra alemana en Kiel y Hamburgo, que precipitó el derrumbamiento del kaiser, en noviembre de 1918. Una de las primeras novelas que Plievier escribió —sin grandes consecuencias— trataba de esa memorable insurrección.

Inmediatamente después de la primera guerra, el movimiento obrero alemán se dividió en dos grandes alas: socialdemócrata y comunista. Plievier, en desacuerdo con ambas corrientes, formó parte de un pequeño grupo sindicalista que había en Berlín, inspirado en las doctrinas antimarxistas de Bakunin. El órgano de ese

que, por encima de todo eso, el poema "Del Viento y de las Nubes" es un poema de amor. Tiene una dedicatoria de la que trasciende un sentimiento tan puro, que es necesario para recobrarlo, llegar a la suprema simplicidad del viejo símil: es como el perfume de una flor: "Tere, Terelinda, Terebuena, Teresita", la musa a quien el poeta ofrenda su propia alma con esta simple frase: "Tuyo es este libro".

Es por ella y sólo por ella que interroga, que pide, que suplica y espera. Es por ella que analiza y busca comprender lo que le rodea, el mundo. Porque sea como fuere, ella está en ese mundo, formada de él, nacida de él. Luego es allí donde habrá que encontrarla. ¿Cómo dejar ir, entonces, el viento y las nubes, sin una palabra, sin un adiós, sin ofrecerle la música de un canto? Solamente el que ama puede ver y tratar así el universo, los seres y las cosas, platicar con la estrella milonaria y "con el grillo de cinco céntimos".

Después del canto y del rézo, del viaje bajo la mirada de Dios, se puede volver a "la casa propia". Bajo el imperio del Arte, bajo "el ensalmo" de la palabra, el mundo es ahora otro. "Las calles" mismas de las ciudades consuetudinarias por los hombres son ahora de Dios. Al ofrecer a la Amada este universo transformado, re-creado mejor, el poeta sabe que ella estará allí para siempre, "en la casa propia", compañera de sus sueños; un siempre que es una eternidad. En verdad como reza el epígrafe del canto "La Noche"

"Due cose ha il mondo: amore e morte"

Pero a pesar de la fé y de la esperanza y del grito, que al final del canto saluda la "Sombra del Señor" encendida por fin, la casa del poeta que es él mismo, como la llama de una candelita —diminuta Arca de Noé— flota lentamente bajo la lluvia, que es una sombra de Dios, a la deriva...

grupo era un semanario titulado "Der Syndicalist", en el que Plievier escribía.

En 1921, cuando pasó por Berlín la delegación de la Confederación Nacional del Trabajo (española) para asistir informativamente al tercer Congreso de la Internacional Comunista, Plievier fué su acompañante en Berlín. Es Plievier un hombre alto y fuerte, con algo de infantil en su rostro que sonríe con el menor pretexto.

Cuando Hitler asaltó el poder, Plievier se refugió en Rusia. Debía ya ser comunista o al menos simpatizante. Permaneció en Rusia hasta el final de la segunda guerra, dedicado a la propaganda antinazi. Tan pronto como regresó a Alemania se separó del comunismo, y hoy forma parte del grupo de escritores anticomunistas europeos al lado de Silone, Malraux y Koestler.

Fué Plievier gran amigo de Andrés Nin, teórico de una importante fracción socialista española, asesinado por los rusos durante la guerra civil.

Su primer libro en esta segunda etapa es "Stalingrado", y se publicó hace unos cinco años. El segundo, "Moscú", acaba de salir en la edición inglesa. El tercero, con el que cierra Plievier su trilogía, es "Berlín", publicado en alemán, pero no traducido aún a otros idiomas.

Como puede ver el lector, es Plievier uno de los casos típicos entre los escritores de nuestro tiempo. Hasta 1947 sirvió a Stalin o, por decirlo con más exactitud, coincidió con Stalin en su lucha contra Hitler. En aquella fecha, en plena victoria optimista del Kremlin, el escritor alemán comprendió que la política de Moscú estaba llena de contradicciones culpables y se pasó a la zona de Alemania.

"Stalingrado" (1948) es una epopeya y tenía que ser escrita fuera de Rusia. Un hombre que siente que su vida entera depende de la expresión literaria no dudará en arriesgar la vida para obtener un mínimo de libertad. Sin ella es imposible todo, incluso contar la victoria rusa dentro de Rusia. Recordemos lo que durante el imperio de Hitler y de Mussolini se escribió en Alemania e Italia. Y lo que se ha escrito en la Rusia de Stalin.

No hay en "Stalingrado" anatemas políticos. No escribe Plievier como sociólogo ni como hombre de secta. Es un novelista "documental" que se limita a decir lo que ha visto. No es tan fácil. Nos pasamos la vida tratando de definir objetos y poniendo en orden nuestras definiciones. Sin embargo, son muy pocas las personas que aprenden a dar a esas relaciones un interés general.

Los que han estado en la guerra quieren olvidar. Y qué fácilmente se olvida esa experiencia que la razón no quiere asimilar y que elimina laboriosamente, como el cuerpo elimina un veneno. Pero el escritor Plievier sabe que su misión le obliga a recordar cada detalle y a hacerlo verosímil. Porque los hechos crudos no son verosímiles casi nunca. ¿Cómo van a serlo? Stalingrado fué la mayor carnicería que recuerdan los anales de todos los tiempos. Dos regímenes sostenidos por el terror obligaban a sus soldados a matar y morir en las condiciones más crueles. Millares de víctimas cada día por los dos lados. La obstinación estúpida de Hitler, convencido de que podía "hacer milagros" y la voluntad de defen-

sa de un pueblo que se bate por la libertad de su tierra, ya que no por la libertad de sus ciudadanos. Plievier dice que si los alemanes hubieran tratado a los rusos con consideración en lugar de asesinarlos en masa, habrían obtenido fácilmente la sublevación de los restos del ejército rojo contra Stalin. Aunque la victoria de Hitler en oriente habría agravado el problema, no sólo para los rusos, sino para el mundo entero.

La descomposición de Rusia alcanzó extremos que sobrepasan todo lo imaginable, según testimonios de los mismos comunistas, reforzados y autorizados por la maestría de Plievier en su segundo libro: "Moscú". En "Moscú" la descomposición de la sociedad soviética alcanza proporciones de pesadilla. Algunas de las revelaciones de Plievier no son nuevas. Escritores de otros países —incluidos algunos republicanos españoles refugiados allí— nos recuerdan cómo el pueblo asaltaba los almacenes de comestibles, cómo quemaban en las plazas públicas los retratos de Stalin. La sensación de inseguridad era en Moscú general, y el pánico de los jefes y la insubordinación de las masas rebasó fácilmente los cuadros comunistas. Los oficiales más responsables eran a veces los primeros en abandonar los puestos y esconderse o huir.

Republicanos españoles, antiguos milicianos de la serena y ordenada defensa de Madrid, se encargaron de la custodia y defensa del Kremlin. Más de uno se arrepiente hoy y escribe su arrepentimiento en varios idiomas. Otros no menos arrepentidos no han tenido ocasión de decirlo.

"Moscú" es una visión grandiosa de la descomposición de un régimen monolítico. Cuando todo se basa en el miedo al jefe, y, de pronto, la gente descubre que el jefe tiene miedo también (discurso de Stalin que precedió a la salida de Moscú del gobierno), todo se desmorona. "Moscú" es una soberbia enseñanza a la que deben mirar todos los déspotas. El libro tiene tanto interés social y político como "Stalingrado" lo tiene en el plano de la epopeya. Y en los dos libros hay reflejos del mejor Tolstoy de "La Guerra y la Paz", de Dostoiewsky en "La Casa de los Muertos", de Stendhal en su famosa descripción de Waterloo.

Así como los libros pacifistas de después de la primera guerra mundial contribuyeron a la demoralización de Francia y su derrota, los de Plievier, que son sin duda los mejores que ha producido la segunda guerra mundial, representan un alegato tan vigoroso contra la violencia, que no se concibe que en el futuro queden todavía ciudadanos que se resignen a tomar el fusil. Tal vez cuando llegue la tercera guerra, tan temida, esas masas de infantería que van como rebaños a la muerte serán innecesarias en un campo y en el otro. Es probable que la próxima guerra, si llega, sea una guerra de máquinas y de técnicos. Pero las víctimas serán siempre las mismas. Se podrá enviar un avión sin piloto, pero su finalidad será siempre destructora, y las víctimas seguiremos contándolas en vidas humanas. Si la humanidad puede aprender un día a amar la paz, será con estos libros que señalan y dejan fijada en la historia la conciencia secretamente horrorizada de los hombres de hoy, lo mismo de los triunfadores que de los vencidos.

Estimado señor Director:

Pretendo hablarle hoy de un libro pequeño, de alma grande. En él se impone, desde la página inicial hasta la rima postrera, la opulencia de los versos de Cardona, todos de regia estirpe. Se aprecia el vigor con el que enuncia las más delicadas frases líricas. Se admiran las líneas robustas con las cuales encadena un pensamiento, robusto también. Agrada la extraña selección de vocablos que denuncian mucha lectura sana y mucho estudio sabio.

Con este poeta, así como con Brenes Mesén, el lector se siente alejado de la naturaleza nacional costarricense. Hay, en ambos, vue lo poderoso. Sus alas, como las de otros bardos de América, están provistas de una potencia ideal. Pudieron, en consecuencia, surcar espacios más amplios sin padecer la angustia de selección que limita el arte y que neutraliza los más atrevidos impulsos artísticos. Son, entre nosotros, los genuinos representantes de la tendencia modernista, tendencia que no llegó a transformarse en escuela. El genio único de Rubén Darío, con intuición maravillosa, a ello se opuso.

Se desliza por las páginas iniciales de este joyel preciado y precioso la elegante y delicada silueta de una Marquesa Rosalinda, rubia virgencita de palidez acentuada. De alma tan rubia como su cabellera que es oro de la mañana. Inspira al Poeta varias **Fiestas Galantes** a las que, con acierto, aplicó el leve título de **Tenues**. Es un juego de simonías y de matices. Son como sonatinas entonadas a la luz de la luna, bajo el inolvidable balcón de Verona, al rumor de una fuente encantada, como aquella en la que encontró el reposo sin término el lirio inefable que se llamó Pántea Montaga.

A veces, es el mar, con estruendo de timbales, el que inspira al Poeta de Costa Rica. En su **Marina Crepuscular**, de ritmo perfecto, escuchamos la voz silenciosa de las olas al deslizarse y deshacerse en la playa. Nos parece ver cómo se arquean, con movimientos felinos, al sentirse poseídas por el viento voluptuoso.

Símbolo de llamas vacilantes, son las viejecitas que canta el Poeta en la siguiente lírica. Al pasar no más y al repetir los disticos perfectos en los que se eternizan los ensueños de aquellos seres de manos intranquilas, despiertan, no la compasión hacia cuanto es débil y caduco, sino la admiración sincera por esos seres temblorosos. Son, solamente, marchitos ramilletes de desventuras, desechos de la vida ingrata. Sin embargo, aún piensan en la propia y lejana infancia "y aún sueñan la gloria de vestir muñecas".

El espíritu siglodieciochesco de Cardona inspira el soneto **Pequeñez romántica**. Hay una ingenua aspiración hacia los jardines de Versalles; hacia las fáciles aventuras con doncellas hastiadas ya de serlo. Los clásicos toisones, los sombreros de plumas blancas que saben dibujar, en el aire, complicados arabescos; el mostacho de fiera ciranesca; la sátira florentina, tan mortal como la tizona de prole española; todo lo que caracteriza aquella encantadora época de inolvidables galanterías, despierta en este Bardo genial una nostalgia infinita. No ha de sentirse satisfecha sino cuando, del brazo de su lánguida Roxana, logra recorrer los jardines encantados de los inolvidables Trianones.

Eso son las **Tenues** de Rafael Cardona. Son suaves reflejos de diversos estados de alma; cantilenas cortas hechas de sutileza que inician este libro como heraldos vestidos de armiño y de amaranto. Son heraldos que anuncian, con sus clarines de doradas vibraciones, el grandioso desfile de los Poemas Avanzan graves, pausados, con toda la opulencia y con toda la majestad de quienes de sienten vencedores siempre.

En la segunda parte de este valioso conjunto de líricas, se aprecia cómo la cuadriga nerviosa que gobiernan los músculos tensos del poeta salta por encima de las rutinas consagradas por la insuficiencia y por la impotencia.

Encontramos allí una epifanía del fuego, una inspirada evocación de la llama purificadora que el divino ladrón encendió en la cratera de esencias ideales en la que el hombre fabrica sus pensamientos. Eso es el poema que Cardona tituló **La primera conquista**.

La melodiosa vida que cantan las leyendas helenas, sirve de fondo encantador al poema sugestivo: **El cofre mágico**. Canta el Poeta el anhelo de dominio que, en la mente del hombre, fascina. El cerebro es, para él, un inmenso cráter en el que caben todos los anhelos y todas las esperanzas, todas las fantasías y todas las rea-

Entona el himno que exalta la virtud del prodigio, la extraordinaria expresión de potencia que, en los ensueños humanos, reúne el ciervo milagroso de Diana, el águila majestuosa de Júpiter, el león de Cibeles, el ave simbólica de la diosa armoniosa de los brazos blancos y las vides fecundas del fecundo Dionisos.

Se admira, allí, el vuelo de las quimeras al través de la densa nube de tristezas que, hoy y siempre, parece anunciar el crepúsculo de los dioses. De todos los dioses. Hasta del Dios-Hombre, creador maravilloso de bellezas espirituales; fundidor en crisoles sagrados, de los héroes que fueron siempre orgullo y admiración de los humanos y de los divinos.

Allí, pensando en la siega roja del trigal humano, oímos al Poeta entonar uno de los himnos más bellos y más vibrantes al genio de la Paz y al genio de la Guerra. A Ariel, el luminoso de Bondad. A Macbeth, el resplandeciente de ambiciones y de rencores.

De las flores de melancolía que se abren en los jardines de la realidad, extrae, con arte de alquimista diabólica, los más delicados perfumes de alegría. Señala complacido la fuente ignorada de la felicidad infinita y del infinito amor. Ensalza el trovador costarricense la ingenuidad que gusta

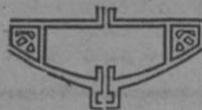


ASI
 VISTEN
 ELLAS

Margarita
 Ravens

Oía del ensueño... Playa fugaz de la ilusión... Mármol aromado de la rosa que eleva su geometría en clara evocación de cielo y llama... Flor, en fin, flor de la gracia...

(FOTO
 AREVALO)



gullo sinceros que exploran las propias íntimas selvas salvajes; la ternura con la cual el Mínimo de Asis trató las cosas todas, grandes y pequeñas, llamándolas afectuosamente sus hermanas; concediéndole a esa palabra la unción inmensa de una sagrada evocación.

Macbeth es un poema de alegría. En él vemos cómo el Bien surge del Mal. Axioma que solamente podía ilustrar, de manera regia, un bardo que viste de púrpura y de armiño como visten los Reyes-Poetas y los Poetas-Reyes.

Nos sentimos llevados a un jardín que parece abandonado. Como lo parecía el de las tres vírgenes silenciosas: Violante, Masimila y Anatolia. Recordemos el encanto de rumores que produce el agua al saltar, con ambiciones desmedidas, de las bocas de la fuente muda; al llenar, cantando y riendo, las múltiples tazas; al perderse en los prados a los que, en un violento deseo de fluidez, lleva vida y entusiasmo. Esa misma impresión de frescura vivificante produce el último de los poemas que forman este valioso libro.

Es un desfile quimérico de piedras preciosas. El Poeta nos lleva a presenciar, como en una evocación de Scherazada, la fiesta en la que las gemas —las dulces hermanas de las flores, de los perfumes y de las mujeres— despliegan sus más profundas vanidades.

El diamante de origen trágico como es de estirpe trágica la belleza rebeide de las enfermas de amor. El zafiro que parece formado con los reflejos de las pupilas de una rubia Walkiria. La esmeralda de lúbrica mirada. El rubí que encierra la agilidad fascinante de la pasión avasalladora. La amatista, entre las piedras preciosas, la romántica mística. La turquesa: la aurora. El topacio: el mediodía. El ágata: la tarde. El ópalo: la palidez de un ensueño de amor que se desvanece. Todas las piedras preciosas cantan, en este poema, las propias magnificencias y las propias aspiraciones. Todas se adormecen en los vapores de los incensarios que ellas mismas hacen oscilar. Queda en el alma de quien escucha sus relatos —dolientes, los unos; triunfantes, los otros, fascinadores todos— un sabor de maravilla. El crítico desorientado aprecia las verdades y las bellezas que allí se encierran. Bendice entonces la misión que voluntariamente se ha impuesto.

En este libro de hondos acentos emocionales se escuchan melodías de intensa sugestión. Unas en do mayor; triunfales. Otras, hondamente patéticas, como si estuviesen escritas en do menor. Otras, claras, impetuosas; instrumentadas nada menos que en re mayor. Van esparciendo flores, sonrisas, aromas, ideales, dicha, paraíso...!

Precisa despertarla. Recordarle el triunfo efectivo que alcanzó con la lira de Rafael Cardona calla desde hace ya muchos años. el pequeño volumen de poemas que ahora analizo.

Cordialmente saluda al señor Director de LA REPUBLICA.

LUZ DEL ALBA

